



MADRAS (INDOSTÁN).—Capilla católica, recientemente inaugurada, construida gracias á la abnegación y constancia del ilustrísimo Sr. Aelen.—Reproducción directa de fotografía

CARTAS DE MISIONEROS

EN LA BASUTOLANDIA

Muerte del rey Letrie II. — Subida al poder del jefe católico Griffith

La siguiente carta nos comunica la importante noticia del fallecimiento del rey basuto y de haberle sucedido un católico.

CARTA DEL R. P. MONTEL, OBLATO DE MARÍA INMACULADA

Samaria, P. O. Mafeteng (Basutolandia), 14 de Marzo de 1913.

EL rey de Basutolandia, Letrie II, murió el 28 de Enero. Su reinado fué corto, duró siete años: y aun los tres últimos fueron de sufrimientos y enfermedades.

El 28 de Diciembre de 1912 se retiró á una granja situada en el Estado independiente del Orange, para ensayar la cura de aire. Durante el viaje se resfrió, sobrevino una pulmonía que ha sido mortal.

El R. P. Valat, sabedor de su estado, corrió á asistirle, pero le encontró perdido el conocimiento. Con la esperanza de una mejoría, el Padre estuvo dieciséis horas al lado del moribundo. Fué en vano. La Providencia no se dignó concederle este rato de lucidez tan esperado, y el pobre rey murió sin haber recibido el bautismo, ni aun manifestado el deseo de convertirse.

Sin embargo, Letrie apreciaba sinceramente á los

Misioneros católicos. Lo demostró repetidas veces. Cuando el Ilmo. Sr. Cenez de regreso de su viaje á Europa se hospedaba en la casa de Misión, el Rey vino personalmente á saludarle, y durante la visita nos repitió varias veces que había venido por el afecto que profesaba á los *Baroma* (Romanos). Era amigo del P. Le Bihan, del cual había, en su infancia, recibido el primer par de zapatos, obsequio muy apreciable en aquella época. Es de creer, por lo tanto, que si la muerte no le hubiere herido tan de improviso, habría pedido el Bautismo.

Puede que con este ejemplo quiere Dios dar una provechosa lección á los otros jefes de la Basutolandia, siempre olvidadizos de la salud de sus almas.

El rey ha sido sepultado en la histórica montaña de Thaba-Bosiu, el San Denis de los reyes basutos.

Cinco Padres oblatos estaban presentes para honrar la memoria del gran jefe y testimoniar sus simpatías á la nación de los Basutos.

Los principales jefes han proclamado rey al hermano del difunto, aclamándole como el más apto para gobernar la Basutolandia en una época en que la Unión Sud Africana pone en peligro su autonomía.

El nuevo elegido, Griffith, es católico bautizado en Octubre último. Su conversión es de las que no admiten

dudas. Los esfuerzos que ha debido hacer para apartarse de los vicios del paganismo, y su conducta edificante durante los dos años de su catecumenado, son buena prueba de su sinceridad.

El 16 de Febrero vino á la Misión católica, donde estaban reunidos, practicando el retiro anual, veinte misioneros, y su humildad, fervor y recogimiento edificaron á todos.

Al parecer, pues, se inicia para nuestra santa Religión una era aún de mayor prosperidad. Es la hora de la gracia, el tiempo de cosechar y de fundar nuevas Misiones. ¡Dígnense las almas caritativas ayudarnos con oraciones y limosnas!

TIERRA SANTA

Copiamos de nuestro excelente compañero *Revista Montserratina*, la siguiente consoladora carta dirigida al R. P. B. Ubach, O. S. B., por el Rmo. Sr. Ignacio Efreá II Rahmani, Patriarca de Antioquia.

Beyruth, 1.º de Marzo de 1913.

Dios Nuestro Señor acaba de proporcionar á Nos un inmenso consuelo con la conversión de dos arzobispos Jacobitas y un monje, los cuales después de considerar el estado de decadencia moral de su secta y no pudiendo soportar por más tiempo la autoridad caprichosa de su Patriarca, han solicitado unirse á la Iglesia Católica. Helos sujetado á prueba durante algún tiempo, y convencido que su conversión es sincera y efecto de la gracia de Dios, después de una preparación de ocho días de Ejercicios espirituales, Nos los hemos absuelto y rehabilitado en el ejercicio de su ministerio. —Han aprendido ya todo cuanto concierne al dogma católico y á nuestros usos y costumbres; así que, celebran ya los Santos Misterios como nosotros, y asisten y practican perfectamente todas las ceremonias de nuestra liturgia siríaca. —Pero lo más consolador para Nos y toda nuestra nación es que los tales Excelentísimos se han convertido en apóstoles celosísimos de los Jacobitas, á los cuales dirigen continuamente cartas y exhortaciones invitándoles á seguir su buen ejemplo. Gracias á su celo han tenido ya lugar otras conversiones en Jerusalén, Damasco y Zahle, esperando que tan laudable propaganda no ha de tardar en producir excelentes y muy opimos frutos para el Catolicismo en estas regiones de Siria.

Nos estamos seguros de que V. participará grandemente de nuestra alegría, al saber tan consoladora nueva, como también todas aquellas personas fervorosas á cuyas manos llegue la presente: por esto pedimos á todos oraciones por la conversión de los Jacobitas, que hoy más que nunca parecen estar dispuestos á entrar en el redil de Jesucristo y de su verdadera Iglesia.

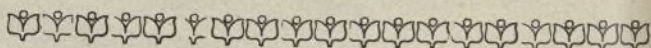
Monseñor Mussa Sarkis trabaja con gran ahinco en su nueva diócesis de Homs, y se propone empezar después de Pascua su primera visita apostólica por las pequeñas aldeas y villas de la Celesiria.

Monseñor Jorge Dallal simpatiza con todo el mundo en Bagdad, y no descansa un momento por suscitar la

piedad en los corazones de las ovejas poco ha confiadas á su cuidado. Entre otras obras de celo ha instituido algunas congregaciones, que van dando los frutos de vida eterna que eran de esperar.

A pesar de mi delicada salud, estoy abrumadísimo por el mucho trabajo que pesa sobre Nos. Así que quedo impreso el largo prefacio que debe preceder á nuestro ritual siríaco, con grande gusto espero hacer á V. gracia de un ejemplar.

Imploramos sobre V. la bendición del cielo.



NOTICIAS VARIAS

Tetuán (Africa española)

Solemnidades religiosas —Desde nuestra campaña del 60, llamada Guerra de Africa, no se había visto en Tetuán tanto movimiento religioso como al presente. Con motivo del cumplimiento pascual, todos los días viene del campamento, donde están nuestras tropas de ocupación, una compañía de 100 á 160 soldados á confesarse y comulgar en la iglesia de esta Misión católica. El día 8 del corriente había dado orden el General Alfau para que las tropas se preparasen con algunas pláticas á cumplir con este deber religioso, y desde el día 13 vienen cumpliendo tan sagrado precepto. Tanto los cristianos, como los moros y judíos, están admirados y edificados de este comportamiento religioso, notando de paso que los mismos que en el campo de batalla se portan tan valientes como leones, saben conducirse también tan humildes como corderos en la obediencia á las leyes de la santa Iglesia. ¡No faltaba más que los soldados de una nación tan católica como España dejasen de observar en común los deberes del cristiano: deberes que cada uno, considerado en particular, cumpliría en su parroquia, salvo bien contadas excepciones!

En cuanto al precepto de oír Misa los domingos, las fuerzas de ocupación, compuestas de unos 2,500 hombres de todas armas, no tienen más que un capellán militar que celebra la santa Misa en una colina al lado de los campamentos, cuyas tropas la oyen guiadas por las cornetas y la música del Regimiento. Espectáculo verdaderamente grandioso que, visto desde lejos, presenta un aspecto magnífico y sorprendente en alto grado. ¡Quién diría que en este monte que domina á Tetuán había de ofrecerse al Eterno Padre la Víctima sagrada, que viene á regenerar y salvar á estas pobres gentes que viven en el error, siguiendo las doctrinas del mahometismo y judaísmo!

La Semana Santa consistió, como todos los años, en Oficios solemnes los tres días, sermones del Mandato y Soledad, y Maitines de tinieblas, en los que nos ayudaron algunos católicos de esta ciudad, entre otros el distinguido médico militar D. Leopoldo M. Olmedo.

Asistió á los cultos mucha gente. Llevaron el palio los Cónsules español y francés, de uniforme, un médico militar y tres capitanes de la policía. El sábado, al repicar las campanas, quemaron los cristianos, según costumbre, un maniquí representando á Judas.

Bata (Guinea Española)

Varias oficinas. —La Misión francesa del Corazón de María está preparando los cimientos de la nueva iglesia que se levantará en Junio en Punta M'bonda.

—En Handje, distrito de Elobey, se inaugurará en breve una nueva iglesia de nuestros misioneros.

—Merced á la enérgica iniciativa del Gobernador General, cuenta hoy Bata y la región del río Aye con amplios caminos por donde pueden circular automóviles y toda clase de vehículos. Desgraciadamente del distrito de Elobey, en la parte Sevi, no puede decirse lo mismo, sin duda por el alejamiento de las Autoridades de la parte continental.

En Bata existen ya caminos de penetración para carruajes, que se desarrollan en extensión de más de 100 kilómetros, y á 150 kilómetros llega la carretera que partiendo de Campo, pasando por Benito, llega á Bitika, dentro de la jurisdicción de Elobey.

Canadá

Nueva casa de beneficencia.—Las Hermanas de Montreal han resuelto levantar un conjunto de soberbios edificios, que se erigirán en uno de los sitios más hermosos de aquella Metrópoli. La nueva casa de beneficencia constará de seis cuerpos: uno para asilo de huérfanos, otro para asilo de huérfanas, el tercero para escuela de niños, el cuarto para escuela de niñas, y los otros dos para asilo de ancianos y ancianas respectivamente.

Colombia

Suceso maravilloso.—En periódicos de Colombia, tan serios como *La Sociedad* y *Los Principios*, vemos anunciado un suceso verdaderamente extraordinario.

En Concepción, importante población colombiana, no lejos de Medellín, el día 6 de Diciembre del próximo pasado año, primer viernes de mes, estando haciendo en la parroquia el ejercicio de las Cuarenta Horas, transformóse la sagrada Hostia en la imagen del Corazón de Jesús. Mil personas fueron testigos del prodigio, y al dar el día 11 noticia de él al señor Arzobispo de Medellín, asegura el Vicario General que existen ya veintiséis certificaciones del suceso. Entre los testigos se cuenta el R. P. Villarraga, ilustrado escritor y notable catedrático, perteneciente á la Compañía de Jesús, quien solicitó se levantara prontamente proceso canónico. Otras personas han pedido que se conserve la sagrada Hostia.

No sabemos aún qué habrá determinado el señor Arzobispo sobre una y otra petición. Y sólo nos permitimos copiar por vía de comentario, lo que dice *La Sociedad*: «Como hijos sumisos de la santa Iglesia Católica, tan discreta y sabia en sus procedimientos, que jamás proclama como milagroso un hecho sino cuando hay pruebas superabundantes, nos limitamos á dar al país tal noticia, que nos colma de regocijo. La Iglesia hablará cuando lo juzgue oportuno.»

Asia

Resumen de los trabajos realizados por los Misioneros del Seminario de Misiones Extranjeras durante el año 1912.—El Seminario de Misiones Extranjeras acaba de publicar el resumen anual de los trabajos apostólicos que sus miembros han realizado durante el año 1912. Copiamos los siguientes párrafos de este importante documento:

«Los resultados obtenidos durante el año 1912 no se diferencian notablemente de los del anterior. Si no sorprenden con éxitos extraordinarios, atestiguan el celo y la actividad desplegados para extender el reino de Cristo en circunstancias especialmente críticas.

«Las conversiones propiamente dichas suman 461 abjuraciones de herejía; 31,881 bautismos de adultos; 133,122 bautismos de niños de paganos en el artículo de la muerte. El número de hijos de cristianos bautizados asciende á 56,171.

«La población católica de nuestras treinta y cuatro Misio-

nes era en 1911 de 1.518,789 almas. Actualmente es de 1.548,576. La dirección de los cristianos, diseminados en inmensos territorios, es pesada carga para los aún no 1,200 misioneros y 800 sacerdotes indígenas que puedan ejercer el santo ministerio.

«Nuestros hermanos de las Misiones de China han trabajado en condiciones sumamente difíciles. La República ha sido proclamada oficialmente en todas las provincias. Los temores que hizo concebir el cambio de régimen administrativo en nación tan atrasada y tan amiga de sus seculares tradiciones como ha sido siempre este inmenso ex-imperio, no se han realizado. La Revolución ha sido pacífica, y los jefes del nuevo Gobierno han ordenado proteger á los misioneros y á sus obras; esta protección ha sido tan eficaz como han permitido los desórdenes, inevitables compañeros de todas las revoluciones.

«Sin embargo, tenemos que lamentar la muerte de muchos cristianos, cruelmente asesinados. A parte de los malos tratos de que fué víctima M. Davenas, por parte de los lamas del Thibet, y de los atentados contra la vida de los PP. Briand y Eymard, en el Su-Tchuen Occidental, las personas de los Misioneros fueron respetadas. Las pérdidas han sido puramente materiales, y deben culpase de ellas á los bandidos que á las órdenes de sociedades secretas tanto abundan en China. Oratorios destruidos, residencias incendiadas, numerosas familias robadas, el misionero obligado á pasar días y más días encerrado en su residencia, es el resumen de las principales pruebas.

«La Revolución china ha puesto en evidencia las extrañas contradicciones del alma pagana. Mandarines abiertamente hostiles al Catolicismo han venido á buscar, en la hora del peligro, un refugio cabe del misionero, al que confiaron cuanto más querido tenían en el mundo. ¡Qué espontáneo homenaje rendido á la lealtad, dulzura y caridad del ministro del Evangelio!

«Las necesidades de nuestras Misiones jamás han sido tan grandes como en la actualidad, y para atender á ellas hacen falta numerosos obreros. Esta situación hace más lamentables los huecos que la muerte abre en nuestras filas.

«En el transcurso del año 1912, han sido llamados á gozar de la recompensa prometida á los buenos servidores, treinta y cuatro misioneros, entre los que se cuentan dos obispos: el Ilmo. Sr. Bonne, arzobispo de Tokio, y el Ilmo. Sr. Belleville, vicario apostólico del Tonkin meridional; tres provicarios: los Rmos. PP. Gernot, Guerlach y Vuillemot, y un procurador, el P. Raelot.

«Estas pérdidas se nos hacen tanto más sensibles cuanto que las entradas en el apostolado no abundan. Sin embargo, guardamos en el fondo del corazón la firme esperanza de que el Señor se dignará conceder remedio á las necesidades de las iglesias del Extremo-Oriente. Desde lo alto del cielo nuestros Bienaventurados Mártires, y la gloriosa falange de los que nos han precedido, defienden la causa de estas cristianidades, que regaron con su sangre ó con sus sudores.»

Albania

Austria y las Misiones católicas de Albania.—Ahora que tanto suena en la prensa el nombre de Albania, bueno será advertir que el gobierno austriaco no sólo presta á los misioneros en aquella región su apoyo diplomático, sino también el pecuniario. Merced á sus donativos cuantiosos erigieron los Padres Franciscanos en 1888 una Casa de estudios en Troschani, en 1897 un noviciado en Rubiz, y en 1900 un curso de Filosofía en Scútari. Austria costea, asimismo, los gastos de los colegiales franciscanos que son enviados al Tirol para es-

tudios teológicos de ampliación. A partir de 1860 dirigen los Franciscanos una escuela católica en Scútari, y además, desde 1877 una escuela comercial, cuyos libros y objetos de estudio son todos costeados por el mismo Gobierno, como también el servicio de correos de los misioneros y los viajes del Superior.

También costea igualmente el sostén del Seminario eclesiástico católico de Padres Jesuitas en Scútari, y los huérfanos de niños y niñas de los Hermanos de la Doctrina Cristiana y de las Religiosas: ha fundado en diversas poblaciones de Albania veinte escuelas y varias iglesias, y sostiene á sus expensas á todo el clero secular de la región.

China (Manchuria)

El nuevo ferrocarril Chang Chun-Ghirin.—La vía férrea Chang Chung-Ghirin, inaugurada á fines del año próximo pasado, tiene una extensión de ochenta millas. Se construyó bajo la dirección de ingenieros japoneses y con capitales nipones. Dirige la administración M. Yu, chino. Es línea destinada á vivir vida próspera, pues es muy rica la región que recorre. Dentro breve plazo será prolongada hasta unirla á la red de ferrocarriles coreanos.

Hazañas de los bandidos.—Los bandidos campan á sus anchas por el Norte de la Manchuria, esto es, por la región sometida á la influencia rusa. En los alrededores de Soei-Hoa y de Hai-Loun, afirmase que suman más de dos mil hombres. Muchos hombres son, y no sería extraño que los ojos chinos resultasen multiplicadores, pero exagerados ó no, lo evidente es que las guarniciones chinas de las citadas ciudades son escasas comparándolas con los elementos que deben combatir: la dificultad de las comunicaciones hace más lentas las operaciones militares y aumenta la audacia de los bandidos.

A última hora recibimos una noticia que, aunque no tan honrosa como podría ser para el general Kiang, es satisfactoria, porque es probable que contribuya al restablecimiento de la paz. El general Kiang ha logrado dar muerte al jefe de los bandidos, Soun-yao-u, cogiéndolo en una emboscada. El hecho fué como sigue: le mandó decir que le esperaba en la legación de policía de Soei-Hao. Tan convincentes razones supo dar en apoyo de su proposición y tan cuantiosas fueron las promesas hechas, que vencieron la desconfianza del bandido, quien fijó el 9 de Marzo para la entrevista. El general mandó colocar á la puerta de la legación un revólver que, mediante ingeniosa combinación, debía dispararse automáticamente. El éxito coronó el plan, y al cruzar la puerta el célebre bandolero cayó muerto.

El general Kiang, dejando el cadáver, mandó reunir sus fuerzas, y á la cabeza de quinientos ginetes llega momentos después muy á la quieta á una venta china, donde doscientos bandidos, que componían la guardia personal del jefe muerto, comían y bebían á más no poder á cuenta del ventero. La venta fué rodeada y empezó la matanza: á la orden del general los bandidos fueron fusilados: no escapó uno. Probable parece que tan seria lección producirá sus naturales efectos, pero las probabilidades son menos si recordamos cómo desprecian la muerte estos enemigos de la ley.

Thibet

Nueva campaña.—De Tatoienlou, con fecha 26 de Febrero, escriben: «Nuevamente se han oscurecido los horizontes de las riberas del Mékong. Se esperaba la próxima reocupación de la ribera izquierda por las tropas tibetanas de Tsarong, las que después de haber llegado hasta 30 lys de Yukalo, se dirigieron hacia el Oeste, sin que sepamos á ciencia cierta la verdadera causa, dejando los distritos de Yukalo y Batang en relativa paz.

«Ha llegado procedente de Chentu un nuevo cuerpo de ejército chino, fuerte de 2,000 hombres y 10 piezas de artillería, que al mando de M. Licou se dirigen contra Hiang-tch'eu, que el ejército de M. Yuin no logró vencer. Hoy la vanguardia, fuerte de un *yu* (300 hombres), ha salido para Lytang, donde pronto se les unirá el resto del ejército. Estos nuevos soldados, antiguos guerreros del Thibet, parecen bien disciplinados, deseosos de la grandeza de la patria y dispuestos á luchar por ella. Se espera que acabarán por someter á tan temibles rebeldes, aunque si éstos continúan prefiriendo la muerte á rendirse, la lucha será terrible, y los chinos tendrán que derrochar habilidad, prudencia y valor, para hacerse dueños de este país.

«Dicese que la provincia de Yun-nan envía un nuevo contingente para ayudar á las tropas de Setch'onan contra Hiang-tch'eu »

Grandes Lagos (Africa)

Misiones de Padres Blancos.—Hemos recibido de Mgr. Livinhac, superior general de los Padres Blancos, el interesante cuadro que publicamos á continuación. Cuenta los éxitos de estas maravillosas Misiones de los Grandes Lagos que, fundadas ayer por los Misioneros del Cardenal Lavigerie, tienen el consuelo de ver sus esfuerzos recompensados con resultados mayores de los que se esperaban.

CUADRO COMPARATIVO DE LAS MISIONES DE LOS PADRES BLANCOS

	En 1900	En 1913	Progreso
Misiones.	8	11	3
Estaciones.	50	127	77
Misioneros.	249	499	250
Hermanas.	132	232	100
Catequistas.	643	2,250	1,617
Neófitos.	47,190	168,403	121,213
Catecúmenos.	186,997	214,285	27,288
Bautismos de adultos.	5,922	12,719	6,797
Bautismos de niños de neófitos.	3,112	6 693	3,581
Bautismos de adultos moribundos.	3,107	10 676	4,569
Confirmaciones.	5,503	16,327	10,824
Confesiones.	249,107	1,268,525	1,019,418
Comuniones.	244,837	2,629,653	2 384,816
Escuelas.	106	1,706	1,600
Alumnos.	4,226	45,476	41,250
Alumnas.	1,683	20,495	18,813
Enfermos asistidos.	319,204	1 658,986	1 339,784
Establecimientos de caridad.	67	337	270



CRÓNICA MENSUAL

DE LAS MISIONES ESPAÑOLAS DEL GOLFO DE GUINEA

POR EL RDO. P. MARCOS AJURIA, MISIONERO HIJO DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA



UANDO estas líneas trazo, estamos en plenas Pascuas de Resurrección. Naturalmente, pues, que digamos algo de la manera cómo en estas Misiones hemos celebrado los augustos misterios de Semana Santa.

No quiero pasar por alto la fiesta del glorioso Patriarca San José, que tiene relación con la Semana Santa, por haber caído este año dentro de ella. Al excelso Patriarca se le profesa gran devoción en esta Colonia, gracias á la propaganda que de tan ilustre Santo hemos hecho siempre los Misioneros. Son muy contados los indígenas cristianos que en tan memorable fiesta, aparte de asistir á la Santa Misa, dejen de obsequiar al Santo Esposo de María con la sagrada Comunión, una vez limpias sus conciencias por medio de la confesión sacramental. Este año, aunque el rigor de las Rúbricas no permitió rezar Oficio y Misa del Santo, hubo muchísima concurrencia al santo templo. Por lo que á esta iglesia de Basilé atañe, fué cosa que llenó nuestra alma de dulce consuelo ver la ingente muchedumbre de morenos que muy de mañanita llenó el espacioso templo, y la devoción y recogimiento con que todos se acercaron á fortalecerse con el pan de los Angeles. Que el fiel Custodio de la Sagrada Familia premie abundantemente tanta fe y devoción de estos buenos morenitos.

La primera de las funciones de Semana Santa que suelen aquí celebrarse es la del domingo de Ramos. La ceremonia de la bendición y repartición de ramos y palmeras y la procesión con los mismos, se verifica en todas las Misiones del Vicariato, desde la capital en que reside el ilustrísimo Prelado hasta la más humilde de nuestras iglesias, que junto con la de los reverendos Padres de Bata, suman trece. De modo que en trece diferentes puntos de nuestra amada Colonia se representa con solemnidad la triunfal entrada del Redentor del mundo en Jerusalén; en trece puntos es aclamado Cristo Jesús Rey inmortal de los siglos, por pueblos recién convertidos á la fe, pero que tan lejos están de crucificarle, que antes quisieran perder la sangre de sus venas. ¡Quién había de imaginar este hermoso espectáculo años atrás, antes que los Misioneros anunciaran la Buena Nueva, cuando en estos exuberantes bosques tropicales imperaba el más despótico de los tiranos, el Príncipe de las tinieblas! Dígasenos si estas consideraciones y tan expresivas escenas no son para enternecer el corazón del Misionero en medio de sus fatigas y sudores, y llenarlo de dulce consuelo é íntima satisfacción muy superiores á los placeres mundanales.

Y no fueron las trece Misiones en donde únicamente se celebró la fiesta de los ramos y palmeras. También

tuvo lugar dicha hermosa función en la mayor parte de las Reducciones, que, como no ignoran los asiduos lectores de esta revista, son capillas construídas lejos de los centros de Misión, en poblados indígenas ó en sitios á propósito para que puedan reunirse los cristianos cuando el Misionero se detiene en ellos, uno ó varios días para administrar los Sacramentos y repartir la divina palabra, y donde en ausencia del Misionero un indígena hace las funciones de catequista enseñando el catecismo, rezando el santo Rosario, etc. Pues bien, en casi todas estas Reducciones se ha llevado á efecto la antedicha solemnidad, gracias al celo y actividad de los Misioneros que, con ser pocos, saben multiplicarse ó estirarse para llegar á todo. Puede por tanto decirse que el día de Ramos fué Jesucristo solemnemente honrado y aclamado en más de veinte iglesias ó capillas de otras tantas cristiandades, dentro de los límites de nuestra Colonia de Guinea. Para muestra, sólo de una de estas Reducciones hablaré y será la más próxima á esta mi residencia de Basilé, ó sea Rebola. Dos Padres Misioneros constituímos esta Misión de Basilé. Así que los domingos y fiestas procuramos repartirnos, yendo el uno á Rebola y quedando el otro en Casa. Esta vez tocó cuidarme de esta nuestra iglesia, y mi compañero, Rdo. P. Bienvenido Pereda, se fué á Rebola. Dejemos que él mismo nos relate este viaje. Dice así:

«El sábado por la tarde, al terminar la escuela mis colegiales, preparé la maleta, emprendiendo la tantas veces recorrida caminata de Rebola.

«Aún encontré sin chapear el primer trayecto del camino que comprende parte de la finca de la Compañía Trasatlántica, cuyas cañas formaban túnel sobre mi cabeza, y parte del territorio perteneciente al poblado indígena, Basilé. Las molestias de esta primera travesía del camino, fueron bien recompensadas por lo limpio y espacioso que se hallaba en la faja perteneciente á Basupú pequeño y en todo lo restante hasta Rebola. Creo que desde hace un año que frecuento dicha Reducción, nunca había hallado el sendero tan ancho, hasta disfrutar en algunas partes de la brisa. Quiera Dios que esté así en la época de las lluvias, cuando tanto nos solemos mojar por la humedad de las malezas que crecen junto á él.

«Daban las cinco y media, cuando entraba en las fincas de cacao de nuestros cristianos; todos me saludaban desde las altas palmeras donde los encontré recogiendo su fortificante *topé*; por supuesto, no faltó alguien que, sujetando la calabaza en el cinto, bajase veloz para ofrecermé un trago. Y cierto que aprovecha, después de haber pasado tantos barrancos, haciendo mil juegos de equilibrio para no rodar por ellos.

«Se puso el sol, cuando pasaba el último de los catorce ríos; sospechando algunos cristianos que no iría el Padre, se habían puesto en camino para asistir á las funciones del Domingo de Ramos en la *Catedral* de Basile, como algunos de ellos dicen: mas al encontrarse conmigo se volvieron gozosos á Rebola. Al verme la gente menuda pasar por la plaza de los *baleles* de los infieles, alegraron el vecindario con su incesante repetir «el Padre ya viene, el Padre ya viene,» corriendo todos á esperarme ante la puerta de la capilla.

«A las seis y media, cuando habían vuelto casi todos de sus fincas, rezamos el Santísimo Rosario, enseñéles la santa doctrina é híceles breve explicación de la procesión del día siguiente, terminando con el «Oh María» y la marcha Real, con letra aplicada á la Virgen Nuestra Señora.

«El amanecer del Domingo de Ramos fué esplendoroso; los cristianos sentados á las puertas de sus casas adornaban sus palmas con variedad de cruceitas y rosas: al son de la campana que los llamaba al santo sacrificio de la Misa, acudieron todos como en triunfo, llenándose completamente la capilla.

«El incensario para la bendición de las palmas lo llevé de la Misión; de aceite sirvió un vasito de mesa y por hisopo un manojito de hierbas. La procesión resultó hermosísima; precedía la cruz del altar, á falta de la parroquial, acompañada de dos acólitos que por ciriales llevaban los candeleros de la Misa; seguían dos largas filas de niños y jóvenes luciendo sus mejores trajes; iba luego el Padre Misionero rodeado de los casados, que forman como el concejo del pueblo, y por fin gran multitud de niñas y mujeres que ostentaban gran variedad de batas, algunas de ellas enviadas de limosna por los bienhechores de estas Misiones. Así, en son de triunfo y cantando las alabanzas de los hijos de los Hebreos al Hijo de David, recorrimos las dos plazas que están junto á la capilla, ante cuya puerta nos detuvimos para aclamar á Jesucristo, Rey y Redentor de los hombres, entonando el himno *Gloria, laus et honor*. Para los que están acostumbrados á ver muchedumbres inmensas de fieles que siguen á Jesús por calles y plazas y le aclaman fervorosas, siempre y en todas partes, la procesión que relato sería un acto insignificante; pero para el Misionero que va de choza en choza buscando almas para Jesucristo y se tiene que volver á su casa muchas veces con las manos vacías, sufriendo con paciencia la indiferencia y dureza de tantos infieles, esas procesiones, esos actos del culto, son verdaderamente fuentes de alegría, manjar de fortaleza y esperanza. ¿Qué dirían, qué sentirían los Misioneros de hace quince, diez, ocho años, cuando á pesar de toda su afabilidad y generosidad, apenas se acercaban á ellos una veintena de criaturas? En verdad había de ser grande su gozo al contemplar más de cuatro centenares de cristianos, grandes y pequeños, casados y solteros, que habiendo dejado los errores del paganismo siguen contentos á Jesús, siendo relativamente buenos cristianos, frecuentando los Santos Sacramentos, rezando el santo Rosario y ajustándose á las costumbres de nuestra querida España.

La buena impresión producida en mi alma por la procesión de los ramos, se aumentó más y más por el buen

número de personas que, lavadas sus conciencias en el santo sacramento de la Penitencia, se acercaron á recibir el Pan de los Angeles, teniendo que partir varias formas para que todos participasen del sagrado convite eucarístico. Con esto se puede dar por terminada la función del Domingo de Ramos, pues lo restante del día, hasta las cuatro de la tarde en que me puse en camino para Basile, lo ocupé en las tareas ordinarias de otros días festivos.

Voy á terminar diciendo que aún persiste entre los infieles el perniciosísimo y burdo error, de que el bautismo mata á los niños que lo reciben. Consecuencia triste de tan lamentable engaño es el que, apenas hace cuatro meses, hayamos bautizado niños de infieles, estacionándose de este modo el número de los cristianos; gracias á Dios, que tan grande mal se recompensa en parte con los nuevos matrimonios que se van celebrando. Así y todo, con todas las veras de mi alma, me atrevo á suplicar á los lectores de LAS MISIONES y á cuantos hagan suyos los intereses de Nuestro Señor Jesucristo, que dirijan fervorosa súplica á los Sagrados Corazones de Jesús y de María, porque pronto desaparezcan de los paganos tan diabólicos errores.

El Lunes y Martes Santos, en todas nuestras iglesias había ya mucho movimiento y animación para preparar las cosas necesarias, y principalmente el monumento en donde debía guardarse la Santa Hostia el día memorable de la institución del divinísimo Sacramento.

Aquí en Basile fuimos honrados, como en años anteriores, con la presencia de nuestro Ilmo. y Rmo. Prelado. El miércoles por la mañana subió á este monte S. S. I. con no pequeña fatiga, pues hubo de salvar á pie la larga y empinada cuesta que nos separa de la capital de los territorios, su ordinaria residencia. La sublime dignidad del Obispo no es bastante en estas tierras para dispensarse de hacer largos y penosos viajes á pie, sin una mísera caballería, expuesto á los rigores del sol y de la lluvia.

Ciertamente que el Angel del Señor debe tener bien contados los muchos y trabajosos pasos que continuamente ha de andar nuestro venerable Pastor, por plazas y bosques, para recompensárselos después muy abundantemente.

Con el Ilmo. Padre Vicario Apostólico llegaron también varios otros Misioneros de Banapá y Santa Isabel, á fin de tomar parte en las funciones, sobre todo en la Misa pontifical del Jueves y en la solemne bendición de los Santos Oleos que en ella debía tener lugar. El pueblo de Basile parecía otro con la afluencia de forasteros que incesantemente llegaban de Basupú, Zaragoza, Bane y más que todo de Rebola. Aquello parecía la llegada de una gran peregrinación á un importante santuario. Los concurrentes eran antiguos alumnos y alumnas de los Colegios, muchos de ellos ya casados, acompañados de numerosos niños y niñas cristianos. La Misión alojó á los varones, y á las hembras las reverendas Madres Concepcionistas.

Tanta concurrencia y tan diferentes costumbres de las antiguas, no pueden menos de llamar la atención

de los europeos, que con tener muy poco de piadosos en su máxima parte, prorrumpen en exclamaciones como éstas: ¡Qué transformación tan radical se ha obrado en pocos años en estas razas! ¡Antes tan degradadas y ahora tan civilizadas! ¡Verdaderamente que los Padres y las Madres hacen milagros con sus Colegios!... ¿No era ayer, decían otros, que nada veíamos en Rebola, sino una multitud de salvajes empedernidos que aun de capacidad para civilizarse parece que carecían? ¿Cómo es que ahora contemplamos tantos caballeros y señoras cuya indumentaria satisface al gusto más exigente, y tantos niños y niñas bien vestidos y la mar de despabilados?

Que el secreto de tan consolador movimiento está en la constante acción bienhechora de las Misiones, es co-

solemne bendición de los sagrados Oleos, y así lo hizo nuestro venerable Prelado en el centro de la iglesia, que por su capacidad y demás buenas condiciones y por la agradable temperatura de estas alturas, se presta á maravilla para esta clase de funciones, y por esto la escoge S. S. I. mientras no se remate la magnífica iglesia que los Misioneros construimos en Santa Isabel. La función terminó con el traslado del Santísimo Sacramento al monumento, á donde fué llevado procesionalmente, y desde el cual, una vez encerrado el Señor en la urna, dió S. S. I. la bendición al numeroso pueblo. Durante el día y noche se notaba una santa competencia en los fieles por hacer compañía al Señor Sacramentado.

A las tres y media se rezó y cantó solemnemente el



MADRAS (INDOSTÁN) —*Hermanas misioneras visitando y catequizando un pueblo* —Reproducción directa de fotografía

sa que á nadie se oculta; pero que no todos tienen la franqueza de reconocerlo en público, por viles respetos humanos reveladores de ausencia de valor personal.

Y dejando la pequeña digresión, continuemos el relato de las solemnes funciones de Semana Santa.

Preparado, pues, debidamente el monumento y todo lo necesario para el Oficio, empezó éste á las ocho de la mañana. Acompañado de presbíteros y acólitos, entró vestido de capisayos el Ilmo. señor Obispo en el templo, y mientras S. S. I. rezaba en el faldistorio las oraciones preparatorias del Santo Sacrificio, en el coro se cantó la Novena y luego empezó, con las acostumbradas y siempre majestuosas ceremonias, la Misa de pontifical, de la que nada diré. Merece consignarse la Comunión general que fué nutridísima, á pesar de que marcaba el reloj las nueve y treinta minutos. Tras respetable número de sacerdotes y Religiosas, fueron acercándose muchísimos fieles á la sagrada Mesa.

En esta Misa, como se sabe, verifica el Pontífice la

Oficio de Tinieblas, al cual acto asistió también numeroso gentío.

Es de ver el afán de estas gentes, al fin del Oficio, por dar fuertes golpes, pues creen que así matan á los judíos que tan despiadadamente se hubieron con Jesucristo.

Al anoecer se celebró un ejercicio piadoso sobre la Institución de la Eucaristía, consistente en meditación, cánticos ó motetes y sermón.

En dicha hora, nos despedimos del Ilmo. Padre Vicario Apostólico, que bajó á Santa Isabel con el objeto de presidir el día siguiente la procesión de la Dolorosa.

Como quedaron entre nosotros dos Padres de Banapá, decidimos dar á las restantes funciones toda la solemnidad posible, por lo que el Oficio del Viernes con la Pasión, adoración de la cruz, procesión de vuelta del Santísimo, etc., revistió singular aparato. Por la tarde, á las cinco, nos reunimos de nuevo en la iglesia,

de la que después del santo Rosario, ejercicio piadoso de los Dolores de la Virgen y sermón de la Soledad, salió al ponerse el sol, la procesión de la Dolorosa. Fué ésta lucidísima y muy devota y concurrida. Nada más añadiré acerca de ella, aunque mucho pudiera decir.

Con igual esplendor y aparato se celebró el Oficio del Sábado Santo. Al toque de Gloria, el cielo nos acompañó á dar animación á la fiesta, pues vino un tornado acompañado de luminosos relámpagos y ensordecedores truenos á modo de estampidos de cañón.

El domingo de Pascua, al igual que el Miércoles (fiesta de San José) y Jueves Santo, hubo concurridísima Comunión general, á pesar de lo desapacible de la mañana, que también fué tormentosa como la anterior.

La devoción y fervor que anima á los indígenas en tan santos días, y sobre todo su afán por recibir los Santos Sacramentos, es cosa que alegra y conforta el corazón del Misionero, quien da por bien empleados sus trabajos y sudores en la evangelización de estas razas.

No en todas las Misiones han podido revestir igual solemnidad las funciones por no disponer de medios; pero en todas se ha hecho lo posible con grande asistencia de fieles. La procesión de la Dolorosa y del Santo Cristo en Santa Isabel resulta cada año sobremano hermosa y magnífica. Fué presidida por nuestro reverendísimo Prelado, con mitra y báculo. En ella tomaban parte las Autoridades y oficialidad con el ilustrísimo Gobernador General al frente. Tocaron marchas fúnebres la banda de la Guardia Colonial y la de la Misión. En los altares dispuestos en el trayecto, los colegiales de la Misión con sus infantiles voces cantaron sentimentales estrofas.

Terminaré esta ya larga crónica religiosa con alguna nota comercial. Prometí completar mis noticias acerca del embarque de cacao de la actual cosecha en esta feracísima isla de Fernando Poo.

La indicada cosecha empieza aquí en el mes de Junio y termina en Marzo á más tardar. Digamos, pues, la cantidad que se ha embarcado en Santa Isabel desde Junio último, todo ello para España y en barco español.

Mes	Número de kilos embarcados
Junio.....	3 361
Julio.....	1.181
Agosto.....	45 835
Septiembre..	242 751
Noviembre..	25,209
Diciembre..	3,512
Enero.....	2.189 888
Febrero....	364,813
Marzo.....	320,756
Total. . .	3.197,306

Tres millones ciento noventa y siete mil trescientos seis kilos de cacao ha producido la isla en la pasada cosecha. ¡Una friolera! Ténganlo presente los calumniadores de la última de nuestras colonias.

Y téngase muy en cuenta que todavía no ha terminado el embarque, que aún se embarcará más en este y en el mes siguiente. Y no se olvide que no está incluida en esta cuenta la cantidad exportada al extranjero, que no es pequeña.

Y ¿qué es lo que ha devengado al Estado este cacao en calidad de derechos de entrada en España? ¡Una bicoca! Sabido es que hasta fin de Diciembre, el exceso de dos millones pagaba 1'25 ptas. Por consiguiente, el total de los meses de Junio, Julio, Agosto, Septiembre, Noviembre y Diciembre, que era exceso, pues ya en Enero habían entrado los dos millones y pico, pagó al Estado 402.061'25 ptas. á 1'25 ptas. el kilo. El predicho total, como se ve, era de 321,649 kilos. Añadamos lo que resta, ó sea la cantidad exportada este año que suma 2.875,457 kilos. De esta cantidad, ya se sabe que por la nueva ley pagan derechos reducidos los 2.750,000, y el resto, ó sea 125,457 kilos, paga 1'25 ptas. por kilo.

A razón, pues, de 50 céntimos los 2.750,000 kilos y de 1'25 ptas. los 125,457 kilos de exceso, tenemos una entrada de 1.193,821'25 ptas. en las cajas de la Nación, que junto con los indicados ingresos de los meses anteriores de la misma cosecha, hacen un total de entradas de 1.595,882'25 ptas.

Y véngasenos con la eterna cantinela de que somos gravosos al Estado, que Fernando Poo es una sangría del Tesoro público...

Por lo dicho se verá también si este pobre cronista tuvo buen ojo cuando meses antes predijo que la cosecha rebasaría los tres millones de kilos. Dios aumente todavía la venidera.

Ha producido aquí inmejorable impresión la noticia de que el crucero español «Río de la Plata» visitará en breve la Colonia. Tiempo ha que suspirábamos que España hiciese en estas aguas alguna ostensión de su poderío, pues hastiados estamos de oír de los indígenas preguntas como ésta: España, ¿no tiene más barcos que éstos que nos visitan, tan pequeños?

Como ven tantos y tan magníficos buques extranjeros, se forman bajo concepto de nuestra Nación y hasta preguntan si España tiene algún barco de guerra. Venga, pues, el crucero, ondee majestuosa por estos mares la insignia nacional, enseñe sus cañones á los indígenas y resuene su estampido en estas ardientes playas.

MARCOS AJURIA,

Misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María.



LA MISIÓN DE SAN JOSÉ DE NARGANÁ ENTRE LOS KARIBES

(República del Panamá)

(Continuación)

Día 24.—La Corona de anoche estuvo lucida por la asistencia. Pero ya todos retirados, asomó uno de los grandes enemigos de las Misiones de indios, que es el elemento de raza heterogénea. Dos apóstatas á la moderna, negros de Portobello, que habían aportado algunas pocas mercancías, y uno de ellos profesaba hacer anillos de los que usan los indios; con un infame organillo entablaron una borrachera clásica en una tiendecita de un gentil empedernido. Apuntaré todo el lance para enseñanza de los sucesores, y para que se consuelen si les pasare cosa análoga, pues he visto el caso y el desenlace en los casos análogos que se cuentan en la historia antigua de nuestra Misión de los Mojos, en Bolivia. Previendo que iba á durar el gruñido del organillo hasta el sol venidero, y que la molesta musiquilla iría llamando gran indiada, por su pueril curiosidad, fui á las nueve á hacerlo callar. Estaban en jaleo unos ocho indios: así que me vieron los apóstatas se quitaron el sombrero, y con gran respeto al parecer, dijeron que no tañerían. Les dije que fueran á dormir, y desfilaron los indios; pero un negro dijo que allí se quedaba porque era su casa. Parece estaba en tratos para alquilarla á fin de vender unos días ron allí; entonces ignoraba yo esto.—Cosa rara, pensé, que tenga éste casa, pues aquí ningún extranjero duerme en tierra, sino en el barco, por rigurosa prohibición de los indios, como dije en la primera Entrada.

Vuelto á mi choza vuelvo á oír el organillo. Esos apóstatas á la moderna, dije, me vienen á malear el pueblo. Aguarda. Cojo mi báculo cruz, y con uno de mis sacristancitos voy al Cacique, que con los principales estaba en su casa, tratando sobre dónde haríamos el cementerio cristiano, como habíamos tratado en el sermón. «Mira, Carlos, los negros advenedizos no dejan dormir con su organillo, y se van á quedar toda la noche en eso y armarán borrachera, pues dicen que ya tienen casa.—A fuera de la isla,» dicen á una los presentes, y sin aguardarme se van al sitio. Les seguí en la obscuridad, que acá no hay faroles por las calles, y ¡oh asombro! los que antes no dejaban desembarcar á los de otra raza, ví desde lejos que, después de un rato de conversación, unos de los muchos que ya habían acudido al organillo se retiraron, y el infame organillo siguió hasta la madrugada, sin dejarme pegar un ojo. Mas, el malvado negro, al primer canto del gallo hizo que viniera un *absogeti* ó sacerdote gentil, le llamaba Padre con toda la intención, y le hizo cantar sus eternas coplas, para con la borrachera y favoreciendo las inclinaciones de los pobres indios, lograr su entrada ó establecimiento libre en aquella tierra. Total, que tomé un dolor de cabeza, por el mucho trabajo de estos días pasados, y por los ocho días que llevo de no dormir bien por *fas* ó por *nefas*, que no me veía. Pues como los gentiles no tienen hora ni para comer, ni para dormir, sino el capricho (el poner costumbres fijas es

uno de los grandes trabajos en tales Misiones), unos se levantan á las diez de la noche, otros á las once, otros á la una, á las cuatro, á las diez del día, etc. Es eso para nuestro modo de vivir un tormento. ¡Oh, cuántos bienes, aun para el cuerpo, nos ha traído Cristo con su civilización cristiana!

Me levanté, pues, tonto, á la salida del sol, que ni podía decir Misa. El consuelo fué que entendí esta mañana lo de los Ejercicios: «Ha de vigilar conmigo, para que siguiéndome en la pena me siga también en la gloria.» Tras eso se presentaron diez párvulos, que bauticé tras la Misa. ¡Fruto de tan mala noche!

No se acabaron en esta mañana del día de la Virgen de las Mercedes mis trabajos. Mi hasta ahora fidelísimo Estanislao hoy se me rebeló, y en vez de calentarme los muchos peces que ayer unos y otros nos trajeron, dijo que los indios viejos le motejaban de que no hacía más que comer en casa del Padre, y que por tanto se iba á su casa. ¡Ya me entró la cizaña en casa! Como el demonio anda tras esa criatura estupendamente desde el mal ejemplo del péfido compañero que dije en la segunda Entrada; dijo salvaje ó puerilmente tras la admonición del bautizo, que él se iría al infierno, pues no enseñaría á los ahijados. Creo no fué en eso pecador, sino mero eco del demonio, por atormentarme. Tuve yo, pues, que calentarme los peces, y mientras lo hacía se fué. Púseme á almorzar, y luego á rezar y escribir, según mi distribución. Como tengo por máxima no llamar al que se va de mi lado, sin darle yo motivo, y veía él que á pesar del amor que le tengo no le llamaba, él mismo se me acaba de presentar. Le he cantado la palinodia, ha llorado y pedido perdón. Veremos cómo pinte y si lo echo, pues quien hace un cesto hace ciento si le dan mimbres y tiempo. Con todo, dice que quiere morir conmigo y que no hará caso de los viejos.

Día 25.—Está resuelto el problema, causa principal de mi tercera Entrada á esta gentilidad. Era 1.º desentenderme de los sacristancitos, sea que tenga que ir á España, como el señor Obispo y demás desean, para ver si se admite la Misión, ó tenga que seguir mi viaje interrumpido como dije (II). De los dos sacristancitos me he desprendido suavemente. A Estanislao se me hace duro dejarlo, así por la espléndida vocación que tuvo á la fe (III), como por su fidelidad en acompañarme en tantos trabajos como he pasado. Así si él se quiere volver conmigo, ó lo llevaré á España, ó lo dejaré de criadito en casa del señor Obispo ó en la Residencia para que no se pierda. El 2.º punto era dar el último tanteo á la voluntad de los indios. La verdad es que toda la gentilidad ha depuesto su fiereza, y en este pueblo veinte indios, y son los principales, tienen voluntad decidida de ser cristianos: otros quince, de los más ancianos, irán por donde se les lleve, los demás casados no quieren hoy ser cristianos porque no conocen aún que son tardos, ni se fian; pocos se resisten

de pura maldad: la chusma de niños y mozos harán lo que les enseñen.

Por haber los gentiles depuesto su fiereza se han atrevido los comerciantillos, como dije ayer, á saltar á tierra, y aunque las autoridades los expulsaron, se embriagaron los negros y no quisieron irse, como he averiguado. Seguiremos este lance para enseñanza. Tenemos, pues, ahora, que ya les vencen los extranjeros, porque Carlos es demasiado racional para tan desvergonzados advenedizos. Tendremos, pues, aquí la rémora moderna de las Misiones, llamada el elemento heterogéneo (1), si bien creo la podré contrarrestar, si tomamos esta Misión definitivamente, dada la aversión ingénita que en general estos indios tienen al extranjero, y si el Gobierno me sigue favoreciendo, aunque sólo sea con la sombra de su autoridad. Verdad es que anoche les hablé fuerte á las autoridades, y me sacaron á su barco á esos negros, que habían vuelto con su organillo infame, pero los sacaron con demasiados buenos modos, que es mala regla para los desvergonzados modernos, que no necesitan caridad ni educación, sino garrotazos en las espaldas, pues ellos no tienen vocación de sufrimiento, sino, por decirlo así, de libertinaje, el cual muere con los garrotazos. Carlos no sabe dar garrotazos ó castigo. ¡Qué lástima! aunque tiene otras muy buenas cualidades.

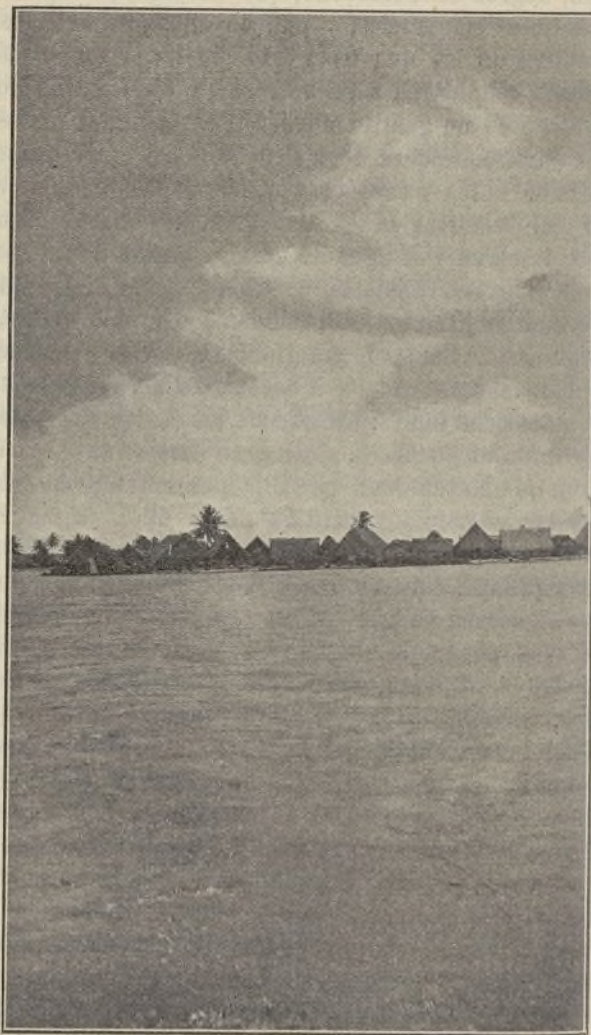
¡Altos juicios de Dios! Ha muerto un niño á quien su bárbaro padre no me dejó bautizar. En cambio, es un hecho que, hasta la fecha, cuantos beben Agua de San Ignacio si son cristianitos, ó reciben el Agua del bautismo, si gentiles, curan. Pero qué razón la del Padre Abraham: «Déjate de milagros, profetas tienen allá: si á ellos no creen, ni á los milagros creerán.» Así pasa con algunos de estos gentiles, que confiesan el favor de Dios en los enfermos y no quieren el redil de Cristo.

Hoy los indios han traído los troncos que faltaban para el famoso altar que estamos haciendo con gran trabajo (XIII).

(1) Gran documento es el que nos trae la «Historia del Paraguay» por el P. Charlevoix, corregida por el P. Muriel, traducida por el P. Hernández, 1912. (T. II, pág. 94).—*Medios para acertar en la elección de los sujetos* (para autoridades del pueblo y otros oficios).—«Son estas diligencias preparar desde niños, para cualquier empleo de que se trate, á aquellos en quienes se advierten mejores disposiciones, y darles una educación que les vaya haciendo más aptos para él. No se enseña á la generalidad sino lo que hace falta para el trabajo, para saber regir bien una familia y desempeñar los cargos que no exigen talentos particulares... Los neófitos se hallan en el estado de hacer las cuentas de que necesitan y no se les pide más. Conociendo bien sus cortos alcances, no se les exige lo que excede de ellos. Mantienen en su antigua simplicidad, pero purificada, de la que tenía de vicioso y bárbaro. En una palabra, este país es el reino de la sencillez evangélica; y para no alterarla es para lo que se alejan en cuanto es posible estos nuevos fieles de toda comunicación con los europeos (como estaba mandado por las leyes de Indias), por haber hecho conocer la experiencia que todas las cristiandades del Nuevo-Mundo que han decaído de su primer fervor, no lo han perdido, sino por haber visto muy de cerca y tratado demasiadamente con los cristianos viejos...»

Es muy digno de leerse lo que sigue á esa cita, porque confunde la falta de orientación moderna en las Misiones, lo cual estaba en querer sacar á cada uno de su centro, para hacerlo más según el espíritu novísimo: Tentación antigua. *Eritis sicut dii*.—En efecto, sigue el historiador, pág. 95: «De cuanto acabamos de decir, resulta que en ninguna parte se halla dicha tan perfecta como la de que se goza en esta nueva iglesia, y que Muratori tuvo razón en titular la descripción que de ella hace *il Cristianesimo felice*. En efecto, qué tienen que echar menos aquellos cristianos que están seguros que nunca les ha de faltar lo necesario, á lo cual se han limitado; que hasta saben, á ejemplo del Apóstol, vivir igualmente en la abundancia, sin abusar de ella, y en la escasez, sin quejarse; que nunca se sienten tentados á desconfiar de la Divina Providencia, etc., etc., porque es sublime lo que allí se dice. Y eso se ha llegado ya á columbrar entre los karibes en 1911.

Día 26.—Se confirman dos trascendentales axiomas de los Antiguos misioneros que en las tres Misiones que conozco he visto cumplidos. 1.º Que hay que irse despacio en el bautizar indios adultos. Por eso á veces hasta ocho y diez años los tenían los Padres Antiguos de catecúmenos, porque la experiencia les dijo cuán dobles y de infeliz corazón son, como lo prueban las Historias del Paraguay, del Orinoco, del Maraúón, etcétera, etc. En un manuscrito del Nayarit, escrito á raíz de la Extinción, se lamenta el misionero que después de unos setenta años de Cristianismo aparente, poco antes



PANAMÁ.—KARIBES: Isla del Sagrado Corazón, antigua Nustupú, mirada desde San José de Nargand de Karibes

Cada choza vendrá á tener como 45 ó 50 pies de largo, por 15 ó 20 de ancho y 20 ó 25 de alto

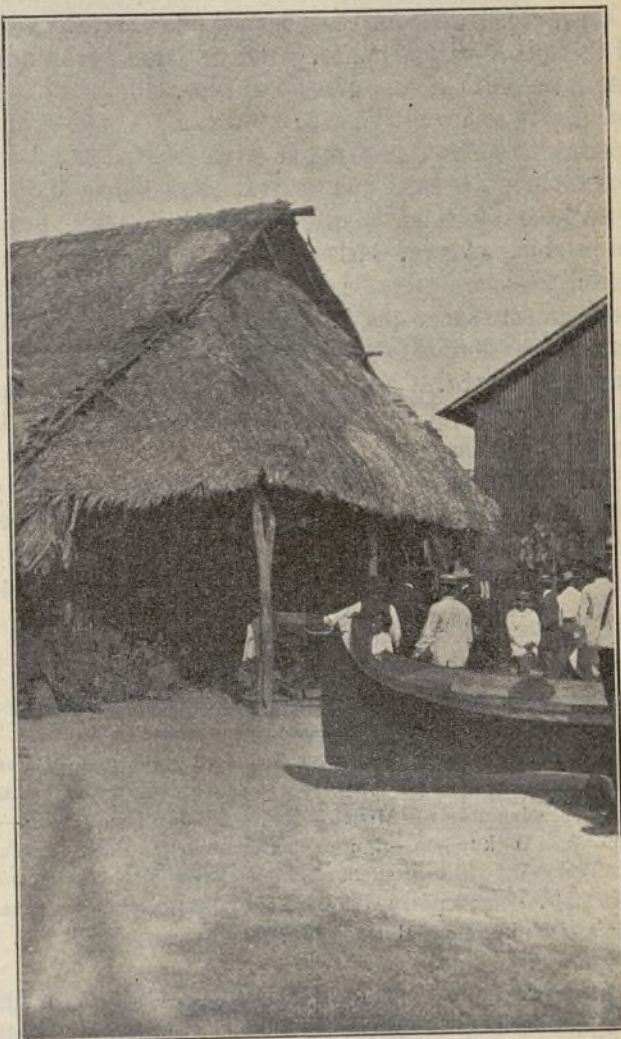
de la Extinción vino á descubrirse un gentilismo formal en aquella Misión. Modernamente no sólo en países cálidos, sino también en el Polo norte, como nota el Padre Bernard, nos ha dado buen resultado el retardar el bautismo, y mal resultado si alguna vez se ha dejado llevar uno de los primeros fervores. Hoy, pues, fuí al moribundo que anteayer bauticé, quien con gran devoción me dijo que quería ser cristiano é ir al cielo, y tras el bautismo se alivió. Viéndole hoy algo caído, le dije que le iba á traer la Extremaunción, y consintió. Pero al punto su diabólica madre empezó á disuadirle, y diciéndole y haciendo le quitó al enfermo de delante el cuadro del Corazón de Jesús que al bautizarle le puse. ¿Qué me había yo de esperar un tal lance? Como fuí á

por los óleos, pues el enfermo quería; en el camino el sacristancito me dijo el hecho del cuadro. A medio camino me alcanza el padrino Nieves, y dice: «Padre, no traigas los óleos, porque el enfermo no los quiere.» Volví, y apenas me vió el enfermo, dice: «Vete, que ya no creo en Dios, ni quiero saber nada del cielo, ni de Cristo,» y empezaron las plañideras su oficio. No quiso que el enfermo perdiera por culpa de la madre fanática gentil lo adquirido, y como no era tiempo de explicaciones, le excité á dolor de los pecados en general, y encargué al padrino Nieves, á quien harían más caso, le excitase á eso, y me fuí. ¿Qué tal eran mis miedos fundados anteayer? Si no le hubiera visto tan grave, no le hubiera bautizado, como no bautizo á muchos adultos que saben lo suficiente y dicen desean el bautismo; pero mientras no les vea que en obras muestren su voluntad, viniendo á la Misa diaria ó por lo menos todos los domingos y fiestas, y por las tardes sin falta á la Corona y sermón, y que renieguen de sus idolatrías en la práctica, no seré yo el que los bautice. Otra cosa será *in extremis* ó grave peligro. Ahora ni hay fácil probabilidad de reducir á los apóstatas, como en otras épocas se podía hacer, y por esa razón se podía más fácilmente admitir al bautismo (1).

Segundo axioma. Para gobernar un pueblo de indios se necesita un Cacique que tenga por lo menos un quinto de español, i. e. europeo, decían los Antiguos misioneros, de lo contrario no tiene suficiente energía. Anoche, pues, vuelve el organillo, no ya en manos del negro, sino de un indio yankizado venido de Nueva York. Voy á hacerles callar con amor, y quedan en irse á dormir. Llegado á mi casa, al poco rato vuelven al ruido. Voy al Cacique para que los haga callar, y me dice cómo el día anterior hasta los indios bailadores se habían puesto de parte del *huaka* ó extranjero, y ahora tampoco le harían caso. «Te se montan encima, le dije; se va á echar á perder el pueblo si les cobras miedo; volveremos al desorden selvático de antes de mi primera Entrada, etc., y le toqué todos los resortes.—Pero, Padre, replicó: no ves que mando á los alguaciles, y se vuelven diciéndome que los delincuentes se han puesto bravos, y asunto concluido.—Anda, pues, tú, le dije, busca dos que te acompañen, y pon orden.—Padre, déjalos, que al cabo no es borrachera grande, y pronto se irán á dormir.—No, Carlos, que si los dejas, mañana vienen con ellos los negros que duermen en los barcos, y quedas hundido, y tu autoridad de Gobernador por el suelo. Anda, vamos, dije, los dos,» y con mi cruz bordón en la mano le precedí. Reparé que Carlos se había quedado atrás, y sólo me seguían dos muchachos. Se asustaron los bebedores á mi presencia, prometieron no meter más zambra. Volví á donde se había quedado Carlos con otros, que juntos decían que aquellos gentiles eran unos verdaderos salvajes, etc. Al poco de irnos á casa vuelve el alboroto, y uno de ellos da un grito llamando á los negros que estaban en su barco. «Ahora, sí, dije: eso es lo que preveía, que se aunarían los de dentro con los de fuera: si se hu-

biera atado al gentil cabecilla, como dije, fuera eso; pero no hay energía. Yo solo lo tendré que hacer todo, pues ahora no hay antiguos españoles, ni fieles soldados del Rey nuestro Señor. Aguardemos á mañana, y hay que hacer un cepo, de toda necesidad, para meter orden.»

Día 27.—Afortunadamente el negro llamado anoche tuvo miedo, y no les correspondió, y los indios salvajes, cansados de verse solos con el organillo, á más de media noche se fueron á dormir. Hoy temprano vino á darme satisfacciones el gentil del organillo. «Te per-



PANAMÁ.—KARIBES: Choza y casa iglesia de San José de Nargand, junto al mar del Sagrado Corazón.—Cayuco ó tronco vaciado con que se navega el mar karibe.

dono, dije, por haber venido; pero como soy autoridad nata aquí, hoy iba á leer públicamente los nombramientos de Gobernador y de General que traigo para los caciques desde Panamá, y mediante éstos iba á mandar amarrados á vosotros los malos, y si hubiera sido necesario hubiera pedido soldados al Gobierno» (no sabía él el miedo que yo tengo de traer soldados, porque los soldados de hoy no son como los antiguos españoles). Debí contar á sus compinches eso, porque el día 27 fué de gran tranquilidad, y su noche la primera de mi buen sueño, en casi quince días que estoy aquí.

¡Reempújame, que me caigo! Vino un indio pidiéndome justicia contra el negro, que le debía 40 pesos. «Sí, sí, hijo. Llama al *Ságila* ó Cacique.—Mira, Carlos, que estos atrevidos se ríen de ti, porque á pesar

(1) Al fin, el enfermo en cuestión se arrepintió y volvió á la amistad de Dios, si es que lo pasado fué sólo efecto de su madre, y curó tan maravillosamente, que hasta hoy, 1911, dice, y lo reconocen los demás, que si recobró la salud fué por haberse hecho cristiano. La esposa era la constante en esperar la salud.

de tu buena cabeza y mejor corazón, te falta temple de persona pública. Ahora vamos á hacer un escarmiento que te acredite. Este indio reclama 40 pesos. Vamos hoy mismo á hacer un gran cepo para meter á ese *huaka* en él (idea á los indios plausible). Tú llamas al *huaka*, que ya tiene otros motivos para ser preso, y si no paga, pues tiene de dónde, al cepo.» Aplaudieron todos la idea, pero lo que yo principalmente quería era que hicieran el cepo, que para solos los indios quizá no lo hubieran hecho. Con eso indios y *huakas* viendo aquí sanción se arredrarán, que *initium sapientie timor Domini*, ó de su representante la justicia ó látigo ó cepo, etc. Muy bien. Pues manos á la obra. Convocó el Cacique á varios indios, y me trajeron dos troncos, y en cinco horas, gracias á Dios, labramos el cepo. ¡Santo remedio! Vienen en romería á ver el dije precioso, y preguntan para qué sirve eso. Indios y *huakas* están hoy hechos una malva. ¡Faustísimo día 27! Dios quiera dure mucho este estado (1). El miedo guarda la viña. «Ahora, Carlos, dije, á lo dicho; á estrenarlo, pues para salvar á un individuo ó á un pueblo, necesita éste saber que hay Dios ó su autoridad, que hay su sanción, esto es, infierno ó cepo...» Fueron á buscar al *huaka*... No supieron estrecharlo; pero ha quedado hecho el cepo, que no es corta ventaja: ya lo haremos estrenar.

Se publicó, pues, el nombramiento del Gobernador y General indígenas, y quedaron las nuevas autoridades en ayudarme oficialmente.

XVII

Buenos deseos de los indios del Sagrado Corazón. — Deducción importante. — Bautízase dos candorosos mozos en Narganá. — Se confirma la doctrina del gran misionero P. Gumilla. — Determinase el cierre de las tabernas y tómanse otras providencias para el adelanto de la Misión. — Necesidad de otro misionero. — El héroe Olokupile. — Causa de un divorcio gentilico. — Levántase el castigo al negro del organillo. — Fe en la Misa. — Hermoso viaje. — Vegetación y vida de estos mares. — Modo de navegar de los karibes. — Marineros desde la niñez.

Día 28. — San Cosme y San Damián. Gran favor del Corazón de Jesús. — En la segunda Entrada á estas islas nos echaron ignominiosamente de la casa donde rezábamos la Doctrina en la isla del Sagrado Corazón, arrancando la imagen del Sagrado Corazón, y nos trasladamos á otra casa, donde decían que recibirían la Santa Imagen. En esta tercera Entrada sucedió lo mismo con dicha Imagen, y ni yo me atrevía desde hace días á ir por la imagen del Sagrado Corazón, por no exacerbar los ánimos. Desde mi isla de San José le dije al Corazón de Jesús, dejando en rehenes su Santa Imagen: «¡Ah! te dejo, á ver cómo te arreglas y truecas á esa isla que ha de ser tuya.» Hoy, sin causa precedente que yo sepa, viene á Narganá el conocido pérfido Sho, todo cambiado, atentísimo, piadosísimo: «Padre, vengo á rogarte que ahora mismo te vengas conmigo á mi isla del Corazón, pues los varones te esperan, así como las mujeres, niños y muchachas, para que nos enseñes á

rezar, y para tratar de hacer casa é iglesia. — ¡Son éstos, dije, los que hace poco prohibieron que se me presentase en la Doctrina ninguna mujer, y decían que no querían ser cristianos y echaban la Santa Imagen! ¿Quién los cambió?» Para moverme á ir, traía el embajador tres cristianitos, el mayor de seis años, pues ven los indios que yo les quiero mucho á esos niños, y precisamente escogieron á los más candorosos y modistos. Fuíme, pues, con él y mis sacristancitos de acá. Rezamos y cantamos á gusto. En presencia de todos leí el nombramiento arriba copiado del General indio, el ya conocido Enrique, el *ságila* que la primera vez no me quiso admitir en su isla. Prometieron los prohombres discutir esta noche la repartición de los trabajos (1). Pero mi gran alegría estuvo en que trajeron á la reunión la imagen del Sagrado Corazón, que decían se había perdido. Precisamente tuvimos la Doctrina en el mismo caserón de donde la primera vez nos echaron. Les propuse algunas condiciones para explorar su buena voluntad de desear Misión, y aunque más ó menos vinieron en lo que se proponía, fué chusco que al tratar de que dejaran las borracheras propusieron algunos, que tenían su tinte de civilidad adquirida entre yanquis, que se debía hacer como en Nueva York, donde las tabernas dice están abiertas, como dando permiso para la borrachera, hasta las cuatro de la tarde, tiempo preciso para poder dormir la mona, y á otro día salir al trabajo. Díjeles que eso no era quitar las borracheras, sino regularizarlas; lo cual no es cristiano. ¡Qué te parece si la civilización á la moderna obra con cálculo!

Día 29. — Anoche, la noche *ache* en la isla de Narganá. El infame organillo reapareció á las nueve y media, tocado por los tres negros advenedizos, cuya insolencia vamos relatando para instrucción de los venideros. Fueron los policías indios á hacerlos callar. Los policías, al fin, no sabiendo, por su cortedad, qué contestar á los negros en su altercado, dijeron finalmente que el Padre mandaba se impusiera silencio. «Vamos á ver al Padre,» oí desde mi choza que decía un negro. Les dije que la noche era para dormir, y que el Gobernador Carlos había mandado que á las ocho, allí á las seis oscurece todo el año, todo el pueblo estuviera en silencio; pues á las tres ó á las cuatro de la mañana todo el mundo está allí en pie. Cogieron por el brazo los dos policías al medio bebido negro, y lo llevaban de calle al embarcadero para echarlo ó á su barco ó al cepo, cuando al verlo pasar así por delante la taberna los dos negros, le gritan: «Saca el cuchillo del bolsillo.» Los indios, que son peores que gallinas, nota característica, aunque sean crueles cuando pueden, soltaron como por resorte al preso y se retiraron. Echa mano el negro al bolsillo, y sólo halla un cortaplumas. El dicho preso, echándose de valiente, empezó á decir (frase brava del país) que iba á rajarse la barriga del que se le acercara.

P. LEONARDO GASSÓ, S. J.

(Continuará).

(1) En tres años no se puso en el cepo más que á dos ó tres individuos, pero el solo respeto á ese señor tendido ha regularizado el pueblo, como se verá.

(1) También entre salvajes las cosas de palacio van despacio, pues hasta cuatro años más adelante, y precediendo muchísimas discusiones, no se determinaron á hacer la casa-iglesia. ¡Qué tesoros de paciencia!



MADRAS (INDOSTÁN).—Pagano rico trasladado al Hospital católico de la Misión.—Reproducción directa de fotografía

CHINA.—LA PERSECUCIÓN DE LOS BOXERS

Martirio del venerable sacerdote Jacobo Jan, y compañeros

El venerable sacerdote D. Jacobo Jan, miembro ilustre de la Venerable Orden Tercera de San Francisco de Asís, nació en la ciudad de Ta-t'oung, situada en los límites del Shansi, cerca de la famosa gran muralla. En sus primeros años asistió á las escuelas públicas hasta la edad de diecisiete años en que, ajeno por carácter á la vida del mundo, pidió y obtuvo ser admitido en el Seminario de Tae-yuan-fu, bajo la dirección del ejemplar misionero P. Elías Facchini, luego mártir glorioso. Nunca manifestó grandes aptitudes para el estudio, pero por su laboriosidad y aplicación pudo terminar la carrera *cum laude*. Terminados sus estudios y con grande júbilo de su corazón recibió el sagrado Orden del presbiterado, ejerciendo su ministerio en los distritos de Sin-tsu y Suo-tsu, dejando en todas sus Misiones gratísimos recuerdos, siendo amadísimo de los cristianos confiados á su dirección espiritual, y ya también por su prudencia y tacto especial tenido en grande consideración de los infieles mismos, que veían en él un digno representante de la Religión del cielo, como llaman ellos á la católica.

En los primeros meses del año 1900, y cuando nadie aun podía siquiera sospechar la persecución, el misionero del distrito de Ta-t'oung-fu pidió permiso para pasar unos días en el seno de su familia. El Ilmo. señor Grassi, siempre complaciente en lo posible con sus misioneros, concedió el permiso solicitado, ordenando al mismo tiempo que en el ínterin administrara nuestro D. Jacobo dicho distrito, aprovechando esa ocasión para pasar unos días en casa de sus padres á quienes hacía tantos años no había visto. ¡Justos designios de

Dios! Alegre y contento caminaba D. Jacobo pensando tal vez en la satisfacción que recibirían sus padres al ver hecho ministro del Señor á su idolatrado hijo. Pero no se imaginaría siquiera que allá en su patria misma, en la ciudad que le vió nacer, casi á las puertas de su propia casa, había de derramar la sangre para gloria de la Religión y de la Iglesia, sin duda para que fuese hermosa y abundante semilla de nuevos cristianos. Por aquello de que ninguno es profeta en su patria, que dicen las Sagradas Escrituras, no le era permitido, según las leyes de su Vicariato, ejercer el apostólico ministerio en las proximidades de su pueblo natal; pues bien, él regaría la tierra que le vió nacer con la sangre de sus venas para que, con la bendición de Dios, produjese abundante fruto de fervorosos adoradores de la Cruz de Jesucristo Redentor. Era tal la sequía que por aquel año hubo de sufrir la provincia de Shansi, que de hambre morían los hombres á millares. El venerable sacerdote exhortaba á los cristianos á la santa oración y á obras de penitencia, uniéndose á ellos en sus sacrificios y rogativas para aplacar las iras divinas y obtener la deseada lluvia que restituyese el verdor á los campos asolados y mustios y la alegría y el contento á los corazones afligidos. Mas Dios Nuestro Señor cuyos designios son siempre inescrutables, hacía sordo á la demanda, cuando los paganos atribuyendo á los cristianos la causa de las iras de sus espíritus, comenzaron á divulgar voces de exterminio y muerte. Cada día los rumores iban adquiriendo cuerpo, hasta que un día los Boxers intentaron poner fuego á una de las iglesias del distrito. La pronta intervención del mandarín local

pudo evitar que por entonces los Boxers lograran su intento. Los cristianos tenían razón para pensar que sus enemigos no se retiraban definitivamente, ya que no tardarían en volver mejor preparados y dispuestos á llevar á cabo sus diabólicos proyectos. Así es que vigilaban de noche las iglesias y sus alrededores. Una de las noches dispararon imprudentemente algún tiro de fusil; en mal hora lo hicieron, pues motivó una alarma general entre los paganos que acusaron á los cristianos de prepararse á una sublevación, en tal grado que el Prefecto de Ta-t'oung-fu se presentó, acompañado de un general militar, en la casa-misión, increpando al sacerdote con frases impropias, duras y ofensivas. El sacerdote, respetuoso para con la autoridad, fué parco en palabras, pero para rechazar la inicua acusación invitó al Prefecto á que hiciera un minucioso registro en todas las dependencias de la casa y aun entre los cristianos, á fin de que se persuadiera *de visu* de que ni los cristianos tramaban sedición alguna, acusación indigna á que era absurdo dar crédito, ni aún cuando quisieran contarían con medios para ello, toda vez que apenas si disponían de media docena de fusiles de caza, y ellos malos y viejos, á todo el mundo permitidos. En efecto, el Prefecto hizo un recorrido por la Misión convenciéndose de que la acusación de rebeldes y facinerosos lanzada á la faz del sacerdote contra sus cristianos carecía de fundamento alguno. Pero en el entretanto habían conseguido su objeto, que era asegurarse los Boxers de que los cristianos no estaban preparados y que, por consiguiente, podían sin peligro alguno de sus vidas llevar á cabo los proyectos de incendio, robo y saqueo.

Pocos días más tarde llegaba un correo enviado por el gobernador Lu-sien, que prohibía al Prefecto toda acción en favor de los cristianos, destituía al subprefecto que había impedido la quema de la iglesia, como arriba queda dicho, y concedía á los Boxers amplias facultades para quemar, robar y matar impunemente. Excusado es decir que á los pocos días, las dos iglesias del lugar, residencias y casas de cristianos fueron robadas y destruidas. El sacerdote huyó y pudo llegar á la residencia de los Padres del Inmaculado Corazón de María, en la Mongolia, donde fué recibido con demostraciones de cariño y admiración.

Encontrándose allí en lugar seguro, supo los sufrimientos y persecución de que eran víctimas los cristianos, y remordiéndole la conciencia y pareciéndole que era deber suyo morir con los cristianos, fortaleciéndolos con el auxilio de los Santos Sacramentos, no obstante los ruegos de los buenos Padres belgas, abandonó aquel tranquilo refugio y volvió á su país, llegando después de algunas peripecias á la ciudad de Ta-t'oung fu, donde por espacio de varios días permaneció oculto, ejerciendo entretanto su sagrado ministerio. Como el peligro lejos de cesar, era cada vez más inminente, pensó en alejarse de la ciudad y retirarse á un lugar separado; con ese fin salió de la ciudad, pero no pudiendo pasar el río tuvo que ir á buscar otro lugar de refugio. En esta segunda salida fué hecho prisionero en compañía de un catequista pariente suyo y ambos fueron martirizados. En el archivo del Vicariato del Shansi septentrional, se encuentra el original de un documento chino, escrito por

un bonzo, testigo presencial del martirio que el ínclito sacerdote sufrió en la pagoda cuya custodia estaba confiada á dicho bonzo. Dice así el precioso documento:

«Narración del martirio de D. Jan, en el arrabal oriental de la ciudad de Ta-t'oung-fu, en la pagoda San-Koan-miao (Pagoda de los tres mandarines).

«El año 26.º del Emperador K'uan-sin, luna VI, día 12 (8 de Julio de 1900), á la mañana muy temprano Don Jan con un catequista apellidado Van, y un familiar suyo, salían de la puerta septentrional de la ciudad cuando al improviso llegó un aviso al jefe de los Boxers, que se encontraba en esta Pagoda, anunciándole que un sacerdote católico con tres compañeros acababan de salir de la ciudad. El jefe envió algunos soldados de la *milicia espiritual* en su persecución, los cuales habiendo recorrido unos siete ú ocho kilómetros no los vieron. Mas á eso del mediodía, cuando los soldados del Pe-yuan (jardín septentrional) hacían sus ejercicios de costumbre, vieron venir dos Boxers de la puerta oriental que decían haber visto á una distancia de pocos kilómetros al sacerdote y sus compañeros que descansaban en el camino, pero que no se atrevieron á capturarlos por ser pocos y... temían al moro!!!—Bravo, exclamaron sus compañeros. Sois á la verdad valientes, ¡valientes á toda prueba! y sin pérdida de tiempo salió un pelotón de cincuenta hombres hacia el lugar señalado. Al llegar allí se encontraron que los cristianos habían marchado, mas siguiendo el camino que les indicara un aldeano, les avistaron cuando se hallaban descansando en un altito del camino. Cuando ya se hallaban cara á cara parece que el familiar del sacerdote les increpó protestando de la inocencia del sacerdote, y hasta parece trataba de defenderse, mas el digno ministro del Señor ordenó se entregaran como mansos corderillos y confiando en la divina Providencia. Los soldados se arrojaron sobre el Padre y sus compañeros, y fuertemente maniatados los condujeron á la pagoda San-Koan-miao; eran próximamente las cinco de la tarde. Llenos de satisfacción por la deseada presa, quemaron incienso en honor de los dioses que inesperadamente les proporcionaban tanto placer. Cumplido este requisito, les ataron pies y manos con cuerdas humedecidas en agua para que la opresión fuese más violenta y mayores los dolores; luego los suspendieron cabeza abajo, el sacerdote en un lugar separado de sus compañeros. Serían las nueve de la noche cuando los Boxers comenzaron á martirizar á sus víctimas, arremetiendo contra ellos con palos y cuchillos; alternaban los verdugos que se esforzaban en manifestarse á cual más cruel y sanginario, mientras los pacientes no cesaban de invocar durante su largo tormento los nombres de Jesús y de María. Al sacerdote le propusieron la apostasía, á lo que él sólo respondió con palabras de exhortación las más dulces y humildes, capaces de conmover todo corazón que no fuese de bronce. Irritados con la negativa á la propuesta de apostasía, suspendieron del cuerpo del sacerdote diez ó doce grandes ladrillos. ¡Qué tormento aquél! Aun cuando lo recuerdo, siento que mis ojos se humedecen y en mi interior experimento extraña conmoción. Yo, dice el bonzo, viendo tal martirio y la paciencia y resignación de aquellos héroes del Cristianismo, no pude menos de admirarme y sentir simpatías

hacia una Religión que tanta fortaleza de ánimo inspira á sus fieles seguidores. A la mañana del siguiente día entre las 5 y las 7 horas, el jefe de los Boxers sentado *pro tribunali* y rodeado de algunos miembros de la *milicia espiritual*, dió contra ellos sentencia de muerte, fundándose en que se negaban á apostatar de su Religión. Poco después de las 9 de la mañana fueron los tres decapitados y sus cadáveres arrojados á la fosa de la ciudad, para pasto de los animales. A los tres días comenzaron á esparcirse rumores de que el cadáver del sacerdote podía resucitar y que era de temer calamidades para los que vivían próximos al lugar, y que en consecuencia convenía destruir dicho cadáver. Así lo hicieron.

«Hacia fines de otoño del mismo año el jefe de los Boxers, causa de la muerte del sacerdote Jan y de sus dos compañeros, fué decapitado por orden de la Autoridad de la Provincia, á fin de vindicar tanta injusticia. Lo que no se comprende es por qué no fueron asimismo decapitados otros jefes y subalternos que tomaron parte principal en tan villana acción, reprobada por toda conciencia honrada. Considerando yo todas las circunstancias del suplicio tan heroicamente sufrido

por los cristianos, me honro con trasladarlo al papel, y espero llegue un día en que algún sacerdote ó algún instruido cristiano venga á hacer las investigaciones necesarias, á adquirir detalles del glorioso martirio y méritos del sacerdote Jan, para que sus hazañas sean conocidas y celebradas por el mundo entero, y también para reparación de los ultrajes y calumnias inferidas á la Religión Católica...»

Post scriptum del bonzo.

«El año 26.º del emperador Koan-sin, luna IX, día 15 (6 Noviembre de 1900) después de la media noche, cerca de la vigilia (hora 2 de la madrugada), desperté-me sobresaltado y ví en el aire el alma del sacerdote Jan, perfectamente visible, cuya presencia puedo atestiguarla. Me estimulaba á convertirme, me exhortaba á que me consagrara al Señor y procurase la salvación de mi alma. Yo en aquel momento, haciendo la señal de la Cruz, prometí obedecer. El alma del sacerdote arrojaba rayos de vivísima luz esplendorosa. Cesada la visión, aquella misma noche escribí esta relación.»

FR. JOSÉ MARÍA DE IRUARRIZAGA, O. F. M.

Misionero Apostólico.

(Continuará).

CHINA. — HUNAN

LOS MISIONEROS AGUSTINOS Y LA SANTA INFANCIA



La Historia de la civilización cristiana ha sabido consignar en sus páginas de oro, la labor, los sacrificios y todo el heroísmo que consigo lleva el dictado de Misionero; considerándolo como el primero entre los héroes que han sabido

dar su vida por amor de sus semejantes lanzándose en busca de nuevos mundos á pecho descubierto y sin más armas que la Cruz del Mártir del Gólgota, paseándola triunfante por las pampas de América, sobre las reseca arenas del Desierto y sobre los agrestes y estivos campos de ambos mundos.

El amor caldeado por la fe que arde en sus pechos todo lo allana en sus conquistas, y no hallan en su avance decisivo dificultades que no venzan, penas que no mitiguen, lágrimas que no enjuguen, y dolores que no calmen con su amor y caridad. Su vida de misioneros es la vida de un continuo sacrificio, llena de épicas acciones que sorprenden nuestro ánimo á medida que la historia nos da á conocer su labor constante y sus gloriosas campañas en pro de la humanidad ultrajada. Por eso, cuando nuestros oídos han llegado á percibir algo de las fervientes y caldeadas frases de amor y conmiseración, arrancadas de labios tan puros como los del Misionero católico, que ha pasado lo mejor de su juventud dedicado á tan noble y generosa empresa, nuestro corazón se agranda y achica á medida que de fuentes tan

verídicas escuchamos tan variadas y emocionantes narraciones, que parten el corazón.

Más de una vez hanse deslizado de nuestros ojos lágrimas de conmiseración el escuchar la historia actual de la tristísima condición á que está supeditada la mujer china, debido á las costumbres tradicionales, á sus leyes que las sancionan, y al concepto pobrísimo que de ella ha llegado á formarse dentro del seno de la familia.

Hace tiempo que acariciábamos la idea de escribir algo sobre la condición social de la mujer en China, problema á dilucidar muy pronto en sentido favorable á ella, si, como dicen, es cierto que la nueva forma de gobierno llega á consolidarse de un modo definitivo y permanente.

Mas ya que el trabajo lo hallamos hecho y trazado á la perfección por la galana y castiza pluma del sabio y virtuoso hijo de San Agustín, el Ilmo. y Rmo. D. Fr. Juvencio Hospital, Obispo de Cauna, con muchísimo gusto cedemos el campo á tan ilustre y fácil escritor.

Podemos asegurar á nuestros lectores amables que el cuadro por él trazado, es sugestivo y patético en extremo: es la historia viviente de parte de aquella cristiandad, recogida en los Orfanatrofios que los PP. Agustinos de España han levantado, á expensas de la caridad del pueblo católico de Alemania, Filipinas y España, en favor de la mujer china; para que en ellos aprenda á vivir, ser buena cristiana, conquistar sus conculcados

derechos, y poder, con el tiempo, llegar á ser en la sociedad china lo que es la mujer en los pueblos católicos y cultos.

En esos templos,—digámoslo así, porque en ellos viven la inocencia y el candor,—erigidos por la piedad y labor del Misionero católico, se ve marcada la huella del mismo que bajo sus auspicios se han levantado en favor de la humanidad doliente; en todos ellos se nota la mano directriz del Misionero que ha pasado por aquellas regiones desconocidas.

Veamos como la cinta cinematográfica cruza por delante del amable lector, sin que las vibrantes pulsaciones del estro del autor causen y produzcan cansancio ni la menor molestia. Todo contribuye á dar mayor brillantez y elegancia al cuadro hermosamente pintado por mano tan delicada: colorido, luz y simetría en las líneas, todo resalta en él.

He aquí lo que tomado de la excelente revista «España y América» nos dice, con la naturalidad y elegancia en él características, el hoy Ilmo. y Rmo. P. Juvenio Hospital, sobre el origen y fundación del Orfanatrofio y Obra de la Santa Infancia en el Vicariato Apostólico de Hunan.

«En 1896 un cristiano fervorosísimo, por nombre Tomás Tchang, en cuya conversión mediaron circunstancias verdaderamente extraordinarias de que hablé en otra ocasión, movido á lástima de tantas niñas como perecen abandonadas por sus desnaturalizadas madres, habló al P. Luis (más tarde nuestro Sr. Obispo) de recoger cuatro ó cinco de esas pobres criaturas, y criarlas él á su costa y educarlas en su casa cuando se hicieran grandecitas. El P. Luis, como no podía menos, alabó la obra de caridad que intentaba hacer y le animó á que la llevase á efecto. Por entonces, como andábamos tan alcanzados de recursos, y son tantos los que se necesitan para sostener un Orfanatrofio, al P. Luis ni le pasó por mientes que aquella sencilla obra de caridad había de ser origen y principio del que ahora existe.

Habiendo muerto las dos ó tres niñas que recogió el susodicho cristiano, se presentó de nuevo al P. Luis; y como no podía con tantos gastos, suplicó al Padre le ayudase con el dinero necesario para sostenerlas. Así lo hizo el P. Luis vencido por sus ruegos é instancias, pero advirtiéndole la necesidad en que los misioneros se encontraban, y lo expuesto que era abrir la mano en lo de recoger niñas; porque si la gente se enteraba, á docenas se las tirarían á la puerta de casa, y era echar sobre sus hombros una carga que no podía después sobrellevar.

La madre de Tomás, que era pagana, no vió con buenos ojos que su hijo se dedicase al oficio de colector de niñas abandonadas: le increpó con dureza varias veces, y le prohibió, por motivos supersticiosos, que las que traía á casa entrasen en ella por la puerta principal; así que las introducía, como de matute y contrabando, por la puerta de un establo. En ese establo, más sucio, desde luego, y seguramente más pobre que el de Belén, bautizó el P. Luis las primeras niñas de la Santa Infancia.

Obtenido el permiso para recoger las ocho ó diez ya referidas, volvió el Tomás con más instantes ruegos á

suplicar que, siquiera, le concediese para dieciocho ó veinte; y como el P. Luis se excusase con la falta absoluta de recursos con que atenderlas, empezó á hablarle el Tomás con tal persuasión, fe tan viva y tan grande confianza en la divina Providencia que había de ayudar, como ayudó á Santa Teresa, de quien él había leído que fundó muchos conventos sin tener blanca, que el P. Luis casi se avergonzó de haber dudado; le dijo que hiciese lo que quisiera; le concedió cuanto pedía, y además, cierta cantidad de dinero para que comerciase y emplease las ganancias en el sostenimiento de las niñas.

Gracias á su trabajo y diligencia y, más principalmente, á que Dios bendecía y prosperaba sus negocios, aquel mismo año duplicó el capital, con lo que pudo holgadamente atender á los gastos de las niñas que tenía recogidas y aumentar el número con unas cuantas más. Desde entonces, contar las obras de su celo y tierna solicitud por la Santa Infancia sería tarea interminable. Baste decir que él y toda su familia viven exclusivamente consagrados á esa obra de caridad tan hermosa como meritoria, y que á ese fin se enderezan todos sus trabajos y desvelos.

Si providenciales fueron los principios, no ha resplandecido menos la acción de la divina Providencia en la conservación y desarrollo de la Obra de la Santa Infancia en nuestro Vicariato. Sin dinero se empezó, y sólo con el favor de Dios, que ha mandado el socorro según la necesidad, se ha sostenido y conservado.

El número de niñas recogidas hasta la fecha se aproxima á siete mil, de las cuales ya han volado al cielo cerca de seis mil quinientas. De las que viven están en el Orfanatrofio ciento diez, las trescientas y pico restantes, aún son muy niñas, en casa de sus amas de cría. ¡Lo que suma al año dar de comer á tantas boquitas! Para el que viene, quizá suban los gastos á más de ocho mil pesos.

Me consta que el Sr. Obispo no tiene esa cantidad, pero, á buen seguro que de alguna parte han de venir; pues no ha de permitir la misericordiosa Providencia que perezcan quinientos angelitos por falta de alimento y vestido necesarios, cuando tan solícita acude con lo uno y con lo otro á los pajaritos del aire y á los lirios que crecen en los campos; y si la necesidad apremia, ya deparará alguna alma caritativa que la socorra, como ocurrió el año pasado con la limosna de más de dos mil pesos que en circunstancias críticas dieron algunas personas caritativas de Manila. El haber sucedido así hasta el presente, es motivo de esperar que lo mismo suceda en adelante.

Lo que apena el ánimo y llena de tristeza el corazón, es pensar que se derroche tantísimo dinero en cosas inútiles ó superfluas, si ya no es en ofender á Dios, cuando aquí, en China, por un miserable puñado de chapecas podrían rescatarse tantas vidas y salvarse tantas almas.

¿No es un dolor que parte las entrañas ver á tantas infelices niñas como perecen abandonadas por falta de recursos con que poder salvarlas y atenderlas?

Toda obra caritativa, por el mero hecho, claro está, que ha de ser gratísima á los ojos de Dios y muy meritoria ante su divino acatamiento; pero como en esto

también haya sus grados, y una obra de caridad, en sí considerada, será mayor ó menor según la necesidad que con ella se remedia ó el bien que de ella se deriva, creo yo, que no hay ni puede haber ninguna, que á la obra de la Santa Infancia se iguale, ni que con ella pueda siquiera compararse.

Porque, ¿qué mayor necesidad y más digna de compasión y lástima que la de estas pobrecitas, abandonadas criaturas? ¿Y qué beneficio más grande como el de

librarlas de la muerte ó, el que es más grande aún, salvar su alma?

Es de advertir que la mayor parte de esas niñas recogidas vuelan al cielo al poco tiempo de ser regeneradas con el agua del Bautismo, y que más de un noventa por ciento no llegan al uso de la razón.

FR. ANTONIO LOZANO, O. S. A.

(Concluirá).

República del Perú

UN VIAJE DE SIETE DIAS Á TRAVÉS DE UNA TRIBU SALVAJE EN EL TERRITORIO DEL AMAZONAS, PREFECTURA APOSTÓLICA DE IQUITOS, PARA FUNDAR UNA MISIÓN QUE SE HA DENOMINADO DE JERICÓ

(Conclusión)

PUSIMOS en pie todo nuestro conato por convencer á éstos de lo contrario, y pudimos al fin conseguir el que se desvaneciera todo recelo.

Pudo perjudicarnos algo la enfermedad de una infiel que se fué agravando cada día más, hasta que rindió su tributo á la muerte. Y como estos infieles tienen como ley fundamental de su código abandonar los lugares donde alguno muere, temimos que abandonaran éste también y á nosotros con el lugar. Hicimos con ellos todas las gestiones al efecto, y solamente la familia de la difunta se alejó, quedándose todos los demás en nuestra compañía.

Con estas pequeñas alternativas, llegamos al 15 de Agosto en que me vi precisado á emprender un viaje hasta Pevas. Salí de allí con cuatro infieles que me acompañaron para que llevasen de regreso algunos víveres necesarios, el mismo día 15 después de Misa. Hice aquel día una jornada corta porque mis indios no querían andar: tenían miedo del llegar al pueblo, y querían hacerlo lo más tarde posible. A las dos de la tarde ya quisieron descansar para el día siguiente; y como á mí no me convenía un descanso tan prematuro, hice que me acompañaran dos de ellos, dejando detrás á los otros, uno de los cuales llevaba como carga mi cama de monte. No pensé por un momento que se atreviera á dejarme dormir al sereno y á merced de los cí-nifes, é hice andar á buen paso á los dos que me guiaban hasta las cinco de la tarde, hora en que ya apenas se puede andar por el monte á causa de la obscuridad, y empezamos á hacer un ranchito para dormir. Terminada la operación, y contra todos mis planes, el cargador de mi mosquitero no llegaba y la noche se había echado encima. Esto me puso un poco malhumorado primero contra el indio, y después contra mí mismo por haberme fiado de él. Carecer de mosquitero equivalía á no dormir en toda la noche: y mal alimentado y con sueño, ¿cómo podría andar al siguiente día? Despaché inmediatamente á uno de mis compañeros, que no se hizo de rogar, en busca de los rezagados, los cuales llega-

ron dos horas después, dos horas que pasé con bastantes congojas por temor á que no vinieran, y el único compañero me abandonara por serle más dulce la compañía salvaje que la mía. Dormí bien: como todo el que está cansado. Levantéme antes de amanecer para preparar un frugal desayuno (plátano asado y té) y al rayar el alba estábamos en marcha dando tumbos por el sendero, que en este monte no se llega á ver con suficiente claridad hasta que haya corrido un buen trecho el astro del día, si puede decirse así. A las ocho del día, se me declaró gravemente enfermo uno de los acompañantes. Como comprendí que la enfermedad era de farsa, no hice de ella mérito, y seguí apresurado con dos de ellos, dejando atrás al *enfermo* con un sano. Las nueve de la mañana serían, cuando el perro se internó furioso por el bosque dando ladridos alarmantes, que nos hicieron comprender iba en seguimiento de un animal que aquí llaman ragino y en zoología se conoce con el nombre de jabalí. Siguió al perro uno de los infieles, y seguí yo el camino con el otro dispuesto á no descansar hasta la noche. Anduvimos como locos todo el día; el indio deseaba detenerse en espera de sus compañeros, pero como éstos no llevaban prisa, y una detención pudiera costarnos un día más de penuria, le animé cuanto pude á que siguiera el viaje, esperando de llegar á dormir á alguna ranchería infiel, donde pudiéramos pertrecharnos de alguna cosa. Pero *vana evasit spes mea*: á las cinco de aquella tarde ni el indio ni yo sabíamos donde nos encontrábamos. Habíamos corrido desatentados, sin saber apenas el rumbo que habíamos llevado. Para colmo de angustias, ni el perro, su fiel amigo, nos había alcanzado aún. De prisa y como pudimos, entrelazamos unas hojas que nos sirvieran de resguardo durante la noche. Dos temores me asaltaron de pronto; temía al indio y temía al tigre: temía que el primero me abandonase ó el segundo nos devorara. En medio de este temor, recé, me acosté, y dormí tranquilo, no sin despertar varias veces de noche, levantándome otras tantas á cerciorarme de que el infiel no me

abandonaba, convenciéndome cada vez que el infiel era más fiel de lo que yo creía. No era su aflicción menor que la mía al ver que nos encontrábamos desorientados. Corrimos presurosos, con la congoja consiguiente del perdido: porque uno que se pierde en estos bosques, puede darse por perdido para el mundo. El anhelo de llegar á punto conocido, ó á un lugar donde encontraríamos seres humanos, no nos daba tiempo á pensar en el cansancio. A las once de aquel día, nos dió alcance el perro que llegó á mí, jadeante y sudoroso, dándome mil muestras de ese cariño, que suelen manifestar los perros á sus amos.

Tan fiel amigo era no pequeño consuelo para mí, que tenía poca fe en quien jamás había conocido esta virtud.

No tardó ya en llegar el desenlace de nuestra perplejidad. Eran las doce del día, y ni una señal siquiera habíamos encontrado que nos mostrara donde estábamos. A tal hora entramos en una chacra (tierra cultivada). Mi corazón dió un salto de júbilo, porque si no en tierra conocida, estábamos topando con quien podría desengañarnos. Y el desengaño llegó; al final de aquella chacra, había una casa quemada, señal inequívoca de que el terreno estaba abandonado. Hicimos alto, sin embargo, para inspeccionar ciertas baratijas indias que esparcidas por el suelo estaban. Cuando quisimos seguir nuestra carrera nos encontramos fuera del camino. Retrocedimos un poco, seguimos atentos adelante, pero nada: el camino se perdía en el solar de la casa quemada. Yo miré al indio, y el indio me miró; comprendió por mi gesto la tormenta de mi alma, y arrojando al suelo su pequeña carga, corría de un lado á otro, como lebre que rastrea una presa, buscando la salida de aquel laberinto. Yo seguía todos sus pasos en ademán imponente, ademán que causaba algunos temores á mi guía. Después de vagar á la ventura, y convencidos de que no había otra salida, volví á mirarle y me volvió á mirar, bajando luego los ojos, no sé si avergonzado ó acobardado. Por hablarle algo, le pregunté por donde había él ido otras veces, á lo que me contestó que nunca había andado por tales caminos, ni conocía Pevas tampoco.—*Nunhua yahuantá huarianu*, le dije entre incomodado y compasivo. Y sin darme respuesta alguna, corrió otra vez presuroso internándose en el bosque, de donde volvió al lugar de partida trayéndome un trapillo colorado que había encontrado entre las hojas. Tomó luego su carga, díjome que le siguiera, y llegamos al lugar donde estaba el trapo que él había encontrado. Pero como yo nada veía que se pareciera á sendero:—*¿Tia nunhua?* (¿dónde está el camino?) le pregunté.—*Tia*—(no sé) me respondió con desmayo; y siguió andando y seguí yo también tras él, él atisbando, y atisbando también yo. No tenía motivo alguno para sospechar de él, y le seguí paso á paso. Tampoco sabía yo qué pista podría dar un trapillo que el viento quizá, ó una casualidad efímera hubieran arrojado en aquel sitio intransitado: no obstante, mi guía se había animado un poco, y con el trapillo en la mano seguía siempre espiondo, hasta que, de repente, dió un salto de gozo y una exclamación de júbilo:—*¡Nunhua!* (¡el camino!) y echó á correr hacia un sitio donde yo nada distinguía. Corrí también en pos de él, y de un

salto nos pusimos en un sendero tan malo como el que habíamos recorrido, pero sendero al cabo, siguiendo el cual renacía en mí la esperanza de que llegaríamos á alguna parte.

Corrimos precipitados, pasando puentecillos como alambres, vadeando charcos estupendos, y bajo una lluvia de primera clase, hasta las cinco de la tarde, en que tuvimos la dicha de oír dos detonaciones de escopeta. Afortunadamente, el camino que llevábamos iba en la misma dirección de los tiros, no teníamos más que seguir por él. A la media hora, nuestro anhelo estaba colmado. Por entre unas matas divisamos un campo raso; un paso más y estábamos á dos dedos de una casa y en presencia de dos infieles que se ocupaban en disparar sus escopetas contra el tronco de un árbol. El corazón me dió un salto de alegría; conocí aquella casa; en ella había dormido yo; el dueño que la habitaba me era conocido. Al fin estábamos á cuatro horas de distancia de Pevas; podíamos desayunar, almorzar y merendar todo de una vez, aunque no podíamos dormir, por razón de encontrarse los indios en báquica orgía. De estas orgías, ya daré cuenta por extenso otro día.

Pasé una noche casi, casi toledana, con fuertes dolores en una rodilla; á la mañana siguiente, me encontraba casi inmóvil, y mi guía no estaba en mejor estado. Quise seguir el viaje, pero el pobre infiel me suplicó, hasta con lágrimas, que le dejara descansar allí, y le dejé. Busqué entre la concurrencia algún voluntario que me acompañara, y se prestaron solícitamente dos, que fueron siguiendo paso á paso mi corto caminar de cojo dolorido.

Un mes estuve cojo en Pevas, al fin del cual, determiné regresar á mi domicilio, lo que pude verificar sin tropiezo alguno digno de mención, fuera de otra fiesta infiel en que me encontré contra mi voluntad, y en la que no pude menos de abrigar algún recelo, por ser estos *diablillos* un poco toscos cuando están borrachos.

El estado de cosas en la nueva Misión iba siendo cada día más placentero. Los infieles se acercaban frecuentemente, y la idea de fundar un pueblo, exclusivamente infiel, iba cristalizando en ellos, y se aprestaban á construir sus viviendas y hacer sus plantaciones. Por de pronto, nada más se podía hacer, deslizándose mansa la vida entre ellos con algún que otro percance más ó menos peligroso.

Tienen estos indios un modo particular de avisarse de un lugar á otro por medio de golpes convenidos, alfabeto desconocido para nosotros.

A las cuatro de una tarde, percibimos golpes de que no hicimos mérito, esperando que los indios que nos acompañaban, pusieran por obra lo que por los golpes se les pedía ó ordenaba. Ninguno se movió en toda la tarde, ni los golpes cesaron de repetirse hasta la noche, en que se presentaron los infieles á comunicarnos que por los golpes pedían sus paisanos una embarcación para atravesar el río. Reprendimoslos por su tardanza en avisar, excusándose ellos de no haberlo hecho, porque no había ninguna embarcación hasta entonces, que acababa de llegar una. Ordenamos que salieran río abajo hasta ponerse en frente de donde los golpes se habían oído, pero tuvieron miedo, y regresaron inmediatamente. Hicimos nueva intimación, y por segunda vez se vol-

vieron. No podíamos dejar aquello así: aquella llamada tan continua, sin que los llamadores se hubieran acercado más, era síntoma de algún suceso que pudiera ser grave.

La noche estaba como boca de lobo; el tigre no se descuida ni se duerme á tales horas; el camino, á la otra banda del río, nos era desconocido, y los yahuas que lo sabían, lo negaron sin escrúpulo, temerosos de que les obligáramos á ir en busca de algún tal vez necesitado.

Atravesamos el río acompañados de dos infieles que ahora demostraban serlo más que nunca. Alumbrados por dos faroles, rastreamos el camino por el monte, pero he aquí, que los indios no se atrevían á marchar delante, y tenían miedo de seguir detrás. Tenían temores fundados á que un tigre nos acometiera, ó alguna víbora nos sorprendiese; y si ellos temían como Sanchos, nosotros no éramos completos Quijanos, aunque tratábamos de convencernos y convencerlos de lo contrario. Dos horas habríamos andado, golpeando de cuando en cuando, y deteniéndonos á escuchar si había respuesta: al fin, oímos á lo lejos ruidos parecidos á los nuestros, y cinco golpes después, señal de llamados, á la que acudimos con la celeridad posible.

En un ranchito de mala muerte, y alumbrados por el resplandor de un fuego mortecino, encontramos un infiel con tres mujeres, que resultaron ser su suegra y una hermana de su mujer, acompañando una criatura enferma, á punto de agonizar. Tan pronto como la vimos, nos formamos idea de lo que aquella criatura sufría: una fiebre tenaz la devoraba.

Como nada habíamos llevado por precaución, siquiera de algún evento, y nada tenían tampoco ellos, no hubo otro remedio que obligarlos á seguirnos, á pesar de lo intempestivo de la hora, para proporcionarles en casa algún alivio.

Dimos, pues, la vuelta, pero no con tan buena suerte, que no nos expusiéramos á ser víctimas de una caída, primero D. Juan y después yo, porque errando el camino, fuimos involuntariamente á precipitarnos en una profunda sima, en la que no perecimos, gracias á las malezas y yerbatos que nos ampararon á medio camino y nos sostuvieron hasta que los infieles pudieron sacarnos de allí, más crespos que unos puerco-espines; pues no otra cosa hubieran parecido nuestras personas en una exposición, con la inmensa multitud de espinas, largas y bien afiladas, de que salimos adornados.

El dolor consiguiente que tantas picaduras nos causaban, nos dejaban sin alientos para arrancarlas. Gracias á que eran largas (de un decímetro) y á puñados nos hicieron el favor de sacárnoslas los indios.

Llegamos á la casa, donde éramos esperados con avidez mezclada de temores, á las doce y media de aquella misma noche.

Pocos días después, se vió precisado mi compañero á salir á Pevas en busca de algunos efectos, quedándose yo casi completamente solo. Y yo no sé si por casualidad, ó porque cuando uno se encuentra solitario aparecen visiones, lo cierto es, que á los pocos días, empezó el tigre á merodear por los alrededores de la casa, ignoro con qué fines.

Los ladrones, que aún no se habían dado á conocer,

empezaron sus pesquisas oficiales en la casa, pero con tal maña, que nada sentíamos, hasta que á la mañana se conocían los efectos. Bien es cierto que la casa no estaba con muchas fortificaciones porque ni puerta tenía, pero siempre era un atrevimiento digno de ser precavido. Y las precauciones tuvieron que aumentar, con la noticia, un tanto alarmante, de que á corta distancia vivía una familia de infieles, dedicada al pillaje y asesinato, ocultos á las miradas humanas.

Un día tuve necesidad de alejarme de casa; y cuando regresé aquel mismo día, encontré en ella unos infieles, de mirada siniestra, á quienes me señalaron los demás con un enfático «esos son.» Esta simple expresión, acompañada de un movimiento repulsivo, daba á comprenderlo todo. Aquéllos eran los asesinos. Los recelos de la señora de Ruiz, eran tales, que ya se forjaba planes de que aparenté reírme, pero que no eran del todo fantásticos. «Si V. no hubiera venido, me dijo ella, yo me hubiera muerto de miedo.» Nada hubo que lamentar, sin embargo, aquella noche, porque los importunos huéspedes tuvieron el buen acuerdo de internarse en el bosque á pernoctar, no sin haber hecho antes, y á la sordina, una requisa de los utensilios que los otros tenían de sus improvisadas viviendas. Entretanto, don Juan no llegaba, é iban pasados doce días. Los asaltos á la casa seguían, sin que yo pudiera seguir la pista á los salteadores. Es cierto que los desfalcos no eran de gran cuantía, pero poco á poco iban desapareciendo ciertos artículos que bien habíamos menester nosotros. Una noche, cansado ya de velar, me quedé dormido. A las tres de la mañana fuí despertado violentamente; levántome precipitado, y recibo en la cara el fulgor de una luz demasiado clara para suponer que fuera de un *candil*. Salgo apresurado, sable en mano, hácia el foco luminoso, y me encuentro con que parte de la casa estaba ardiendo. Los salteadores habían necesitado luz, sin duda, para completar su hazaña; ésta se les debió caer al suelo prendiendo el fuego en algunas pajas, declarándose un incendio que pudo abrasarnos. ¡Gracias á los lloros de una criatura que nos despertó!

Ahora comprendíamos, y nos pesaba, el conato de unos infieles por llevarnos el perro con pretexto de cazar con él. Pero era tarde para arrepentirse; el dogo había dejado de existir, no sabemos si devorado por un tigre como los mismos infieles quisieron hacernos creer, ó acribillado á tiros por ellos. Parece que el incendio les calmó, pues aunque coloqué mi cama entre la puerta, con un sable á la cabeza, porque armas de fuego no teníamos por entonces, no tuvimos ocasión de poder divisar á nadie.

Entre estas alternativas, agradables unas veces, un poquito dignas de cuidado otras, vimos pasar los días, siempre alegres y siempre tristes; alegres para el ánimo, al contemplar la solícita avidez, aparente al menos, de los zahuas en complacernos, y tristes para el cuerpo acosado por el hambre.

Como se iban acercando ya las fiestas solemnes de Navidad, determinamos salir á celebrarlas á Pevas, para distraer un poco el alma y el estómago. Empezamos el viaje, que duró seis días, el 27 de Noviembre.

Anduvimos mojados y bajo lluvias torrenciales cuatro de ellos. Pasamos algunos trechos con el agua al

cuello, pues los riachuelos habían rebotado de líquido, y éste se había extendido por todos los puntos bajos. Llegamos, sin embargo, con toda felicidad á Pevas, desde donde escribo.

Desde Noviembre, he verificado dos viajes, uno en Marzo, en ocasión en que vino á visitarme el Padre Prefecto; otro en Junio; de éste he venido plenamente satisfecho de los trabajos practicados allá. Existen doce

casas de indios, que, dado el carácter de esta tribu, es un triunfo. Hay promesa formal de otros, tan pronto como se resuelvan algunas dificultades.

El problema del hambre está ya casi resuelto. Dentro de poco estará desterrado completamente este enemigo feroz.

FR. LAURENTINO ALVAREZ, O. S. A.

Pevas, Julio de 1912.

LO QUE CUENTAN LOS KIKUYOS

POR EL R. P. CAYZAC, MISIONERO EN EL ZANGUEBAR INGLÉS (ÁFRICA)

Los blancos



El negro observa al blanco, su maestro, con constante atención, y jamás persona alguna ha vigilado sobre otra con tanta perspicacia. Nada se le escapa, ninguna falta ni debilidad. Al blanco, que ni recela tal vigilancia, no le inquieta ni preocupa. No así al misionero que por deber y por gusto siéntase algunas veces junto al hogar de los negros y respira el pestilente humo que llena sus casas. Es allí donde se aprende á conocerlos á ellos y á su lenguaje; es allí también donde se aprende á quererlos cuando pasado un tiempo de trato constante, uno queda convencido de que están muy lejos de ser unos imbéciles. Para convencerlos de ello me bastaría saber trasladar á este papel con el realismo entusiasmo y pintoresco lenguaje con que me los relataron los siguientes cuentos de caza.

Procuraré contarlos al pie de la letra sin quitar ni las expresiones inglesas, de las cuales los negros poseen no pocas.

El blanco, *un tal*, estaba cazando en el llano, y dijo al jefe de sus hombres:

—Ya lo sabes, á mí no me gustan los animales pequeños; soy hijo de la *Queen*, los animales pequeños son buenos para otros, yo sólo quiero matar leones; si me enseñas otra clase de animales, *by God*, ¡te salto la tapa de los sesos!... Exceptúa los rinocerontes, si los que encuentras son de buen tamaño.

Y según iba hablando, el hijo de la *Queen* no cesaba de beber *whisky and soda*.

Al poco rato Alí vió un soberbio rinoceronte que pacía junto á un riachuelo, y sin perder momento Alí avisó á su señor. El inglés coge el fusil, y guiado por Alí ve en seguida al rinoceronte que tranquilo seguía el pasto.

—¿Es éste tu rinoceronte? ¡Las vacas de Inglaterra son mayores!... Vete á buscar la silla y la botella; quiero brindar al rinoceronte un *whisky soda*.

El inglés sentóse tranquilamente en la silla, apuró un descomunal vaso de licor y se levantó para saludar al rinoceronte:

—*Good morning, rhino! How do you do? Have a drink?*

Verle la fiera y lanzarse contra él, fué cuestión de momentos.

El inglés, tranquilamente sentado, prohibió á Alí que disparara, diciéndole que un hijo de la *Queen* no tenía necesidad de fusil para batirse con un rinoceronte, que sus puños le bastaban. Y arremangándose las mangas esperó á la fiera sentado en la resuelta actitud de un valiente boxeador. Un instante después el hijo de la *Queen* recibía una cornada formidable que le hizo volar algunos metros.

Alí no vió más. Echó á correr en dirección á la factoría más próxima, donde halló á un médico que salió inmediatamente á socorrer á su compatriota. Ambos le encontraron sentado tranquilamente sobre la hierba, fumando un cigarrillo.

—*Allo, doctor! llegáis á propósito: me queda aún un whisky soda, venid á beberlo, después me amputaréis el brazo.*

Dicho y hecho.

—*Nakuambia*, concluyó el historiador, *mzungu mlevi kweli!* Lo que quiere decir: «Verdaderamente el blanco no tiene igual en la bebida.»

Y para darnos nueva prueba, el historiador (pues es esta historia contemporánea y auténtica) nos contó el siguiente sucedido:

Serían las nueve de la noche cuando el blanco *fulano de tal* (personaje, al igual que el anterior, muy conocido en estas tierras) acababa de vaciar una botella, no puedo asegurar si era la segunda ó tercera, pero que bien podría ser la cuarta (el negro es algo andaluz), cuando oyó fuera un terrible rugido; llama al centinela y le dice:

—¿Qué animal es este que canta tan recio? Quiero verlo de cerca.

El soldado, que sabía era un león y que también sabía que su señor á tales horas no solía tener ideas muy lúcidas, se hizo el ignorante y propuso llamar al cabo Amdara, el cual conocía todos los animales. Llamóse al cabo, y éste, avisado, combinó un plan.

—Cabo, le dijo el inglés, ¿qué animal es ese? Quiero verlo de cerca.—Amdara respondió sin titubear:

—Señor, es un pájaro de noche que podréis ver mañana sin molestaros.

—Pero si es un pájaro de noche, pedazo de alcorneque, ¿cómo quieres que le vea de día?

—Es un pájaro de noche, repuso el cabo, que se ve muy bien de día.

—*Get out! you bloody ass!* Llama á dos hombres y trae mi fusil. Quiero matar este pájaro de noche durante la noche, y enviarle al museo británico.

El pobre Amdara tuvo que obedecer. Hizo el saludo militar, dió media vuelta y llamó á dos hombres. Partieron en las tinieblas, el blanco cayendo á cada paso, pero siempre delante y guiados por los rugidos del león. Pronto le encontraron, y el blanco tuvo tal sorpresa al ver un pájaro de aquel tamaño, que no acertó ni á disparar ni á huir. El león dió un salto y se arrojó sobre él. Pero los blancos no pierden nunca la serenidad, y sacando un revólver disparó todos los tiros al azar. El león no se asustó, pero creyó que era Amdara quien tiraba, y soltando al blanco, que creía muerto, se arro-

jó sobre el pobre cabo, despedazándole. El blanco aprovechó esta oportunidad para levantarse, y, recobrando el vigor en las piernas, huir hacia su casa. Pero equivocó el camino y corrió perdido hasta la siguiente mañana, que se encontró en otra factoría, cinco ó seis horas más lejos, en donde los otros blancos se rieron mucho de él.

—*Nakuambia!* repitió nuestro historiador, *mzungu mlevi kwéli!* ¡No, el blanco no tiene igual en la bebida!

Y así se divierten los negros refiriendo cada uno su historia de ejemplos y malas pasadas que han jugado los señores blancos.

Y oyéndoles se aprenden cosas extraordinarias...

J. CAYZAC.

MISIONES DEL PERÚ

(Continuación)

Es más: ha visto que no se respetan las escasas propiedades que le sirven de base para sustentarse en el monte; ha visto mil veces invadido su domicilio, robadas sus mujeres y sus hijos sin que hubiera motivo para tales extorsiones, y se ve á sí mismo esclavizado y convertido en paria, con el solo fin de que vayan en progresión constante los intereses del cauchero; y si bien se ha dejado adormecer por algún tiempo, pronto sus energías despiertan y se desatan con el empuje de la desesperación que quiere de una vez ó vencer ó morir, y se decide al robo, al asesinato, al saqueo y al incendio, haciéndose cargo de que todavía si quiere puede seguir siendo el rey de los bosques y sacudir de sí toda dominación oprobiosa. Esto es tan cierto que en menos de dos años, fuera de las venganzas pequeñas que se ven todos los días, han echado por tierra dos grandes negociaciones, cada una de las cuales tenía más de medio millón de soles en movimiento; para dar estos golpes han tenido suficiente espacio con una sola noche. Hecho esto y dispersados los blancos en el terror de la desolación, los indios han saqueado los almacenes á guisa de guerreros vencedores y dispuesto de las existencias á su antojo y en completa libertad. Cuando los blancos llegada la reacción han pensado en vengarse, ya el salvaje vive seguro con su botín en sierras abruptas cuya sola vista hace caer de ánimo al hombre más esforzado. Allí el salvaje está en vela, allí aguarda confiado á su enemigo para salirle al paso con las mismas armas que le ha sabido arrebatar.

Sangriento es el espectáculo que ofrecen estas fieras humanas cuando han logrado salir triunfantes en la demanda de su libertad. Hacen con los blancos lo mismo que suelen entre sí mismos cuando luchan unos con otros. Pero saben distinguir entre sus víctimas á los que fueron sus opresores, y con ellos, con sus restos, se ensañan de un modo particular. No les basta verlos exánimes, sino que les arrastran, los escarnecen y los hacen pedazos como si en nada fueran sus semejantes. Al gerente de una vasta negociación española le mataron clavándole más de veinte balas en el cuerpo; luego

le abrieron el vientre y allí pusieron el libro de cuentas en que constaba el debe y el haber de los agresores en señal del odio y encono que tienen con el blanco, por ver que éste, trabajando ellos constantemente, nunca les acredita la más pequeña cantidad. Si el blanco no fuese injusto y agresivo, es de creer que empleando una templada energía el indio no dejaría de reconocer sus deudas ni traspasaría los límites del respeto.

Y, preguntaremos por vía de conclusión, ¿podrá decirse ahora qué doctrina ó qué costumbres ha de enseñar el misionero á los indígenas, rotas como se hallan en los ríos ecuatoriales del Sudamérica todas las barreras de la moralidad, no sólo respecto de la vida cristiana, sino aun atendiendo únicamente á los más elementales dictados de la razón natural? ¿Hasta cuándo nos hará esperar la Providencia el remedio de un cáncer que así envenena y corrompe el presente y el porvenir de nuestras hermosas regiones de Oriente? Nos inclinamos á creer que no pasará mucho tiempo sin que las corrientes humanitarias regeneradoras de otros países análogos, vengán también á purificar tan pesada atmósfera como hoy están soportando nuestras conversiones.

No hay duda que el proceder de los blancos, escandaloso y demoledor, hizo muchas veces que los misioneros adoptaran la resolución de fundar sus pueblos algo apartados del río grande, como se ha visto con Sarayacu, Cashiboya y Cayería; y aun así, los civilizados han sido siempre la constante pesadilla del conversor, pues adondequiera que él reside, se llegan aquellos en su constante afán de inquietar á los neófitos y seducirlos para sus negocios particulares.

VII

Comercio de sangre.—Ardides peregrinos de los curacas ó jefes de tribu

Que en el Amazonas y sus tributarios exista el tráfico de carne humana, es cosa que está en la conciencia de todo el mundo. Refiriéndonos únicamente al Ucayali,

que hemos recorrido personalmente, diremos que el tráfico en cuestión presenta un doble aspecto. O bien los blancos se hacen de gente por sí mismos y la compran á los curacas y jefes indígenas, ó una vez que la han poseído y aprovechado se la trasladan los caucheros entre sí mismos. Antes, empero, de constatar el hecho de tan execrable negocio, es oportuno decir algo sobre la forma de conseguir la gente que ha de venderse. Siempre se obtiene esta mercadería noble por medio de los naturales, cuyo mayor y más sabroso placer consiste en arruinarse entre sí mismos para mostrar preponderancia. Pero unas veces es el indio quien espontáneamente ofrece la mercadería; otras es el blanco quien se la pide y tal vez le fuerza á conseguirla.

Conocedores los salvajes de la incontestable ventaja que la industria de los civilizados lleva sobre la suya rudimentaria, é inclinados como todo mortal á buscar lo necesario por los medios más expeditos, aunque sean prohibidos, preséntanse de improviso á cualquier patrón de tantos como viven radicados en las riberas del río y le ofrecen traer gente á cambio de unas cuantas escopetas (porque hay muchísima caza en estos bosques vírgenes), cierta cantidad de ropa, machetes, fósforos, etc. El cauchero, demás es decirlo, se aviene en seguida con la propuesta, da al curaca la mitad de lo que pide por adelantado para que halle compañeros de correría con este reclamo; llega el infiel á las viviendas de los suyos á los cuales conquista muy luego con su ascendiente y las dádivas llamativas, y bien armados con su carabina respectiva salen media docena de ellos en busca de aventuras. Lléganse en silencio á las moradas de los otros para tomarlos á la descuidada; pónense en acecho, y ó bien logran hacerlos prisioneros con facilidad, ó si oponen resistencia, como sucede las más veces, se entabla un pequeño combate, que no puede durar mucho desde que los asaltados sólo se defienden con flechas contra las armas ejecutivas de los agresores. Estos destruyen y matan desatándose con furia salvaje, hasta que los otros infelices poseídos del terror ó huyen á la desbandada, ó caen muertos ó heridos en la defensa, quedando el resto por el vencedor. Generalmente sucumben los hombres de arrojo en la lucha contra los agresores, y éstos, tras de lucha encarnizada, logran apoderarse de las mujeres, niños y ancianos, y también suelen aprisionar algunos hombres. No contentos los de la correría con todo esto, muchas veces dando rienda suelta á los antiguos rencores ó exasperados por la tenaz resistencia, acaban por incendiar y asolar totalmente aquellas miserables viviendas. Así vuelven airoso con su trofeo á presencia del patrón, quien cumpliendo á su manera lo pactado, les agasaja con aguardiente para que los unos descansen y los otros ahoguen sus penas, y todos quedan poco menos que satisfechos con una solemne borrachera. Si el curaca y sus compañeros, vueltos en su acuerdo, se quejan por acaso de que el patrón no ha cumplido con ellos el compromiso, nada le importa eso; es cantar al sordo y sólo vendrá con el tiempo á quedar en olvido. A veces los indios hacen estas campañas presididos del mismo patrón ó teniendo al frente alguno de sus empleados; sea porque los primerizos recelan de la dudosa fe del salvaje y quieren asegurarse por

vista de ojos, sea porque los agresores con esto cobran nuevo estímulo y aliento para desempeñar en grande la correría contra sus paisanos.

En la forma expuesta se hacen las correrías que llamaremos *de violencia*. Porque otras veces suele emplearse con no menos fruto el engaño y la astucia. Y cabalmente los indios mismos son quienes con más ga-



CANTON (CHINA) —Joven indígena.—Reproducción directa de fotografía

Los primeros misioneros católicos que desembarcaron en Cantón, ciudad de la que hemos hablado otras veces, fueron los Agustinos españoles de Manila en 1571, y en 1579 los Franciscanos, también españoles. En 1856 la ciudad cayó en poder de ingleses y franceses que la poseyeron hasta el 1861, fecha en que por incuria del Gobierno español se perdió la concesión del gobierno chino que tantos siglos había gozábamos, y que tan provechoso podía ser á nuestro comercio.

llardía se prestan para semejante farsa. Baste para el intento trasladar unas cuantas líneas del P. Sala. A fe que él conocía muy bien á esta gente, y la describe con propiedad inimitable. Narrando las peripecias de su viaje por el Pajonal, dice así: «En seguida bajamos á un grupo de cinco casas de campas, que nos recibieron con mucha frialdad y desconfianza. Aquí se encontraba López, de Metraró, y otros amueixas seducidos por el falso dios ó amachegua, que los llama al Pangoa y los provoca á pelear contra los blancos. Este dios, ó hermano de Dios, según dicen ellos, es un gran pillo que se burla de lo sagrado y de lo profano con el objeto de reunir gente para el trabajo del caucho en el Manupio, afluente, ó mejor dicho origen del Madre de Dios, ú otra parte; así se ha fingido dios y amigo de los campas, lla-

mando á sus compañeros con promesas y amenazas para que se reúnan en un punto fijo y señalado á fin de cogerlos más fácilmente. Una vez allí, reunidos para admirar y adorar una divinidad con bigotes ó sin ellos, vienen Venancio y Romano con cincuenta *ángeles de la guarda*, todos con rifles Winchester, y se les dice á esos desgraciados campas fanáticos que se embarquen en las canoas que están en el río grande preparadas, porque el dios quiere ser visto en una quebrada que se halla más abajo. Entonces, una vez embarcados, se les lleva al Ucayali, y de allí á donde ellos quieran, á Iquitos ó al río Manu, para que se conviertan en esclavos de todas maneras y que no vuelvan jamás á ver su tierra. ¡Qué lástima!... Todos estos y otros mil estragos ocasiona el negocio del caucho en el Ucayali."

Todo esto se confirma con el testimonio de otro viajero, el Coronel Pedro Portillo, Prefecto departamental de esta región, quien hablando del mismo río Ucayali, al encarecer la falta de fuerza pública en territorios de tanto porvenir, dice así: "Hoy, por falta de ella, se hace ¡quien lo creyera! hasta el robo de mujeres y muchachos salvajes para venderlos como esclavos." Y en otra parte, el mismo ilustre viajero hace suyas y confirma todas las apreciaciones del P. Sala á este respecto.

La práctica más frecuente en este indigno reclutamiento de salvajes es hacer una amalgama con el recurso extremo de la fuerza y los medios reales ó supuestos de persuasión. En general, las correrías más notables se llevan á cabo de esta manera. Sale el blanco y sus guerreros infieles en busca de la presa; topan con uno ó varios caseríos, de los cuales se adueñan por las ar-

mas en la forma que llevamos expuesta, los enrolan y arman luego en son de batalla, y así reforzado el contingente de invasores, claro es que para conquistar todo lo demás que se quiera basta con presentarse á los caseríos en ademán guerrero y con el carácter dominador que da la supremacía de la fuerza; el jefe ordenará lo que guste, siendo al punto obedecido. Con el alarde que se hace y unas medias palabras de oferta y persuasión, todos abandonan sus lares para ir en seguimiento del invasor, salvo unos pocos que tal vez han podido acogerse á las anfractuosidades del monte, y todo queda concluido, no habiendo más que hacer sino trasladarse todos al lugar donde el cauchero tenga su trabajo, para llegar al cual se emplean muchos días y generalmente muchas semanas de camino. El salvaje así conquistado, siempre es destinado á lejanas regiones, de donde, como el P. Sala nos ha dicho, no vea la posibilidad de volver á su tierra. Se cuenta con la fuga, y por eso se tiene buen cuidado de asegurarlos. Si escapan, se los sabe también buscar como se busca una aguja, y así recuperados se hace sentir sobre ellos una mano de hierro, encadenándolos, atormentándolos y someténdolos á una vigilancia tal cual se suele ejercer en los presidios. Sólo para este fin se sostienen empleados caucheros con sueldos increíbles, que tal vez no se perciben en una bien rentada subsecretaría del Gobierno. ¿Quién, á la verdad, no se decide á cualquier violencia en este sentido, teniendo á la mano el sueldo mensual de treinta, cuarenta y hasta cincuenta libras oro mensuales, como nosotros lo hemos visto?

FR. LEANDRO CORNEJO, O. F. M.

(Continuará).

Variedades

LA CRUZ Y EL WALI DE DAMASCO ⁽¹⁾



o sonreían ya las horas alegres de felicidad en la casa de Abdahala, anciano cristiano de Damasco, que, gracias á los trabajos de los hijos de San Francisco de Asís, podía formar parte de la pequeña grey, subsistente en medio del cisma y de los secuaces de Mahoma, señores de la ciudad, como á primera vista dejan comprender las torres de cuatrocientos alminares que protegen otras tantas mezquitas. En su habitación, instalada en el piso inferior, no penetran ya los rayos de luz pura, por cuyo tamiz se colaban perfumadas brisas, que, juguetonas y alborozadas, paseaban sus alas entre las ramas de naranjales inmensos, cubiertos de azahar, y

después de robarles sus esencias á las flores de los muchos árboles que verdean la dilatada campiña damascena, rendían tributo á la ciudad, matrona encanecida por los años, que bien necesita ser oreada por las brisas de los vientos, siquiera sea en forma suave, para purificar y sanear los pútridos miasmas que de todas partes exhala, y recreaban al pobre y desvalido anciano que por muchos años disfrutaba de aire, de luz y de sosiego en el piso superior de la vivienda. Otra segunda Eva introdujo el desorden en aquella casa, morada hasta entonces de padre é hijo, únicos miembros de la familia, que vivían en paz y concordia. El padre habitaba el piso superior y el hijo el inferior.

Un día se enamoró el hijo perdidamente de una joven damascena y trató de unirse con ella en matrimonio. No era desfavorable al padre la propuesta, toda vez que la joven elegida era cristiana y de buena conducta moral, aunque no falta de pretensiones que la indujeron á po-

(1) A la amabilidad del P. Daniel Sánchez, Religioso de Tierra Santa, recolector hoy de la misma en Méjico, debemos la noticia del siguiente episodio.

ner una condición al pretendiente, que éste hubo de aceptar de mal grado; pues era condición *sine qua non* para que aceptara ser su esposa. Consistía aquélla en que debían instalarse en la habitación del piso superior, bajando el padre á la inferior.

Al hijo, que no quería disgustar á su padre, desagradó no poco la propuesta: con todo, como quiera que no podía disuadirla en contrario, se atrevió, al fin, á ponerlo en conocimiento del autor de sus días.

Oyó el padre la propuesta del hijo, y le respondió: Tú sabes, hijo mío, que si estoy arriba es porque no sabiendo sino raramente de casa, tengo aquí un poco de solaz y distracción, recreando mi vista en el dilatado horizonte que desde aquí se descubre, y respirando al menos un poco de aire puro. Comprendía muy bien el hijo la fuerza de estas razones, y no tenía valor bastante para insistir; mas, como la joven se mostraba inflexible, optó al fin dar un arreglo con el que el padre no pudo menos de transigir, por dar gusto á su hijo único. Dijo éste: démosla este placer por los primeros quince días, pasados los cuales nos instalaremos nosotros abajo, y V., de nuevo, volverá á ocupar su habitación superior.

—¡Ay, hijo mío! estoy seguro que no será tal; pero, por complacerte, haré como tú dices.

Zanjada esta dificultad, se celebró con gran alegría el matrimonio. Todo era fiestas y regocijos; los días de bodas pasaron, como pasan todas las cosas del mundo; y á los quince primeros días se siguieron otros quince más, y al mes otro mes, y el viejo anciano no veía nunca brillar la hora de la luz pura, del aire perfumado, de la brisa suave, y del recreo espiritual del horizonte hermoso, que le brindara por tantos años la rasgada ventana de su habitación superior que, *pro bono pacis*, había cedido á los esposos noveles.

No obstante la diversidad de religión, el buen anciano sostenía muy buenas relaciones con el Walí, ó Gobernador de Damasco, con quien no podía tropezar en la calle sin que lo detuviera en grata conversación; mas, desde algún tiempo atrás, el Walí no veía ya al buen amigo, y no compartía con él en la calle como hasta poco hacía. Trató de averiguar lo que pudiera ocurrir con su amigo del alma, y se le refirió todo lo sucedido. Contristóse vivamente el Gobernador, y asiéndose de la barba, como quien piensa en cosa seria, según es uso entre los orientales, replicó: bien, bien; ya lo arreglaré yo todo.

Inmediatamente dió aviso al joven desposado, por medio de su ayudante, intimándole la orden de que á tal hora se personase en palacio, pues el Walí quería hablarle. Ante semejante invitación, lejos de intimidarse, se alegró el aludido, pensando que se trataba de honrarle con algún buen empleo de distinción. Al efecto se vistió con su mejor traje, y no veía el momento de que llegase pronto la hora señalada, la cual apenas sonada ya estaba nuestro joven en las puertas del palacio, esperando la orden de entrar á presencia de Walí. En su diván (sala de recibo) hallábase éste mullidamente sentado en el sofá, recamado de oro, que brillaba en medio de floreados dibujos de letras árabes; y en torno suyo gran número de empleados, que, cual satélites, giraban en su alrededor prontos á ejecutar sus órdenes

ó indicaciones en todo tiempo. Gabriel, que así se llamaba el cristiano, á vista de semejante improvisado tribunal, comenzó ya á inmutarse, y comprendió que se trataba de cosa muy distinta de la que él se imaginaba en un principio. Puesto en presencia del Walí, comenzó el breve interrogatorio siguiente, y á continuación suya la sumárisima sentencia.

—¿Cómo te llamas?—dijo el Walí.

—Giabra, (Gabriel)—respondió el joven.

—¿Eres cristiano?

—Sí; cristiano soy.

—Los cristianos me parece que se distinguen por cierta señal, ¿no es verdad?

—Sí; por la señal de la cruz.

—¿Y cómo se hace esta señal de la cruz? Vamos á ver cómo la haces.

A estas palabras hizo Gabriel sobre su frente y pecho la señal de la cruz sin pronunciar palabra alguna.

—Bien, dijo el Walí; pero, me parece que también añadís á estos signos algunas palabras, ¿no es verdad?

—Sí.

—Dilas, pues, también.

Gabriel, algo tembloroso: En el nombre del Padre...

—¡Fuerte! ¡¡Más fuerte!! que soy algo sordo.

Gabriel, en voz más alta: En nombre del Padre, y del Hijo...

—¡¡Basta!! ¡¡Basta!!—replicó el Walí con voz aún más fuerte.—Has comprendido: *En nombre del Padre, y del Hijo*. ¡El Padre arriba y el Hijo abajo!

Si en tu casa no se observa este orden antes de veinticuatro horas, te haré cortar la cabeza. ¿Has entendido? Con que, vete á tu casa, y pon en ejecución cuanto has dicho: el padre arriba y el hijo abajo, si no quieres morir.

Confuso Gabriel, apenas pudo hallar la puerta de salida; y marchó á casa, instalando su morada en el piso inferior, y colocando al padre arriba, en su antigua habitación, desde la cual volvió de nuevo á respirar las frescas brisas perfumadas de azahar, el aire puro saturado de luz, de encantos y de belleza, con que le regalaba el verdeante y gracioso horizonte de la dilatada llanura damascena, que desde la ventana de su habitación superior podía á sus anchas disfrutarla mañana y tarde de todos los días.

FR. ANTONIO ARACIL, O. F. M.

LIMOSNAS

para coadyuvar á la santa Obra de la Propagación de la Fe

SEGUNDO TRIMESTRE

	Ptas.	Cts.
Suma anterior:	286	25
<i>Para las Misiones más necesitadas</i>		
Albaceazgo Tárregas, año 1912.....	60	
» » » 1913.....	60	
Total:	406	25

Tipografía Católica, Fina, 5, Barcelona.—1913